



COLOMBIA CUENTA

Colombia

SEGUNDO
CONCURSO
NACIONAL
DE CUENTO

HOMENAJE A
TOMÁS CARRASQUILLA

RCN

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
NACIONAL

CUENTOS
GANADORES
2008

cuenta



Ministerio de
Educación Nacional
República de Colombia



Libertad y Orden



SEGUNDO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

28 548 participantes

estudiantes hasta
séptimo grado **11 959**

11 530 estudiantes de
octavo a once grado

estudiantes
universitarios **5 059**

17 422 mujeres (escritoras)

11 126 hombres (escritores)

32 departamentos

municipios 797

5 604 instituciones
educativas

del sector oficial 3 439

2 165 del sector privado

instituciones de
educación superior 269

525 evaluadores

jurados internacionales 5

30 ganadores

CATEGORÍA 1 ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



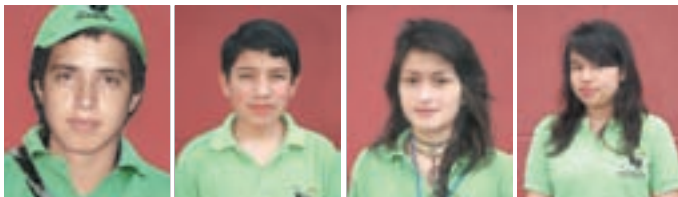
DANIELA
RAMÍREZ ENRÍQUEZ
CALI 27

KATHIA LORENA
ENRÍQUEZ PONCE
PASTO 33

NICOLTH DAYANNA
MIRANDA PÉREZ
CALI 39

ANA PAULA
GARCÍA
CUNDINAMARCA 45

CATEGORÍA 2 ESTUDIANTES HASTA ONCE GRADO



JUAN FELIPE
MANJARRÉS MUR
CALI 85

MARIO ALEJANDRO
ENRÍQUEZ PONCE
PASTO 91

JENNY PAOLA
MARIN SALAZAR
MANIZALES 97

LAURA LUCÍA
MORENO ÁLVAREZ
SANTANDER 103

CATEGORÍA 3 ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



JUAN FELIPE
OSPINA VILLADA
ANTIOQUIA 145

JUAN FELIPE
GÓMEZ CORTÉS
QUINDÍO 151

JAVIER ENRIQUE
VALLEJO CHAMORRO
BOGOTÁ 157

RONALD
PÉREZ PEREA
CAQUETA 163

GANADORES 2008



SARA CAROLINA
OROZCO VALIENTE
CARTAGENA 51



GISSSEL
MEJÍA MENDOZA
CESAR 55



ÁLVARO ANDRÉS
OLIVEROS GARCÍA
CASANARE 61



KELLY JOHANNA
GARCÍA MORENO
CÚCUTA 67



MARCO JULIO
GROSSO ROMERO
BOGOTÁ 71



RAÚL ANDRÉS
VERGARA ARIAS
BOLÍVAR 77



LINA ALEJANDRA
URIBE HENAO
CALI 109



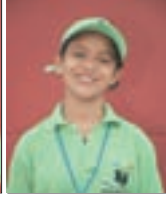
NELSY ANDREA
FERNÁNDEZ PACHECO
CAUCA 115



NICOLÁS ALVARADO
OREJARENA
BOGOTÁ 119



CENUVER
GIRALDO PINTO
HUILA 125



MARÍA DANIELA
ROMERO LÓPEZ
SUCRE 131



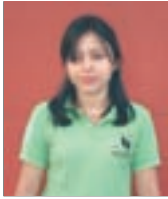
YENNY MARCELA
MARTÍNEZ DÁVALOS
VALLE 137



ELAINE
MENDOZA ORTEGA
BARRANQUILLA 171



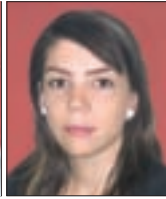
ALEJANDRO
MEJÍA
MANIZALES 177



NATALIA SOPHIA
CASTRO TRIVIÑO
PASTO 183



FABIÁN MAURICIO
MARTÍNEZ GONZÁLEZ
BUCCARAMANGA 189



ISABEL CRISTINA
VELÁSQUEZ GIRALDO
MEDELLÍN 193

PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA, Gestora

CECILIA MARÍA VÉLEZ WHITE, Ministra de Educación Nacional

COMITÉ TÉCNICO

ISABEL SEGOVIA, Viceministra de Educación Preescolar, Básica y Media,
Ministerio de Educación Nacional

CONSTANZA ESCOBAR DE NOGALES, Directora Responsabilidad Social, RCN Televisión

MÓNICA LÓPEZ CASTRO, Directora de Calidad, Ministerio de Educación Preescolar, Básica y Media
Ministerio de Educación Nacional

JAVIER ORLANDO TORRES PÁEZ, Jefe Oficina Asesora de Tecnología, Ministerio de Educación Nacional.

CAROL ANGÉLICA RAMÍREZ ESPEJO, Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones, Ministerio de Educación Nacional

MARÍA CLARA ORTIZ KARAM, Subdirectora de Articulación Educativa e Intersectorial,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

MÓNICA MARÍA LOZANO HINCAPIE, Coordinadora de Programas para el Desarrollo de Competencias,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

CLAUDIA ZEA RESTREPO, Asesora en Innovación y Uso de Medios y Tecnologías de la Información
y la Comunicación, Ministerio de Educación Nacional.

NATHALY JANICE SOLANO HOYOS, Programa para el Desarrollo de Competencias Comunicativas,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

BLANCA YANETH GONZÁLEZ PINZÓN, Representante del comité técnico de evaluadores,
Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN

CLAUDIA ARROYAVE VILLA, Asesora de contenidos

CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ, Dirección Editorial

ROBERTO RUBIANO VARGAS, Editor

ROCÍO DUQUE SANTOS, Jefe de Arte

CAMILA CESARINO COSTA, Diseño carátula y páginas interiores

LORENA ÁLVAREZ, Ilustraciones de la Categoría 1

JOHN JOVEN, Ilustraciones de la Categoría 2

JOSÉ ROSERO, Ilustraciones de la Categoría 3

CLAUDIA ARROYAVE, Corrección de estilo

ISBN: 978-958-705-356-2

IMPRESIÓN,

IMPRESO EN COLOMBIA

INFORMACIÓN DEL CONCURSO <http://www.colombiaaprende.edu.co>

NACIONAL DE CUENTO RCN- <http://www.canalrcn.com>

MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.rcnradio.com/>

Concurso Nacional de Cuento RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN	11
Estimados lectores CECILIA MARÍA VÉLEZ WHITE, MINISTRA DE EDUCACIÓN	13
Presentación POR PETER FLORENCE	15
Tejedores de historias ROBERTO RUBIANO VARGAS	17
Homenaje TOMÁS CARRASQUILLA	21

CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 24	1	El amor	27
		Las tres rosas	33
		Lo más cruel y perverso que nos puedan hacer	39
		Robomésticos	45
		El capote amarillo	51
		Rosita y la mosca	55
		El anhelo	61
		El gato que quería ser tiburón	67
		Un racimo con suerte	71
		El sueño de una ollita llamada Yoyo	77

CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA ONCE GRADO p. 82	2	Ignominia	85
		Por la chimenea	91
		Celda 105	97
		La danza de las letras	103
		Un llanto silencioso en la espesura del amazonas	109
		El desconocido del cañaduzal	115
		En la penumbra	119
		El gorro de mi abuela	125
		Un sueño espacial	131
		La dientona	137

CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 142	3	Posibilidades de la segunda persona	145
		Blues de la calle	151
		Heliodoro es un negro triste	157
		La mona	163
		El perro	171
		Hamburguesas	177
		Este pueblo se quedó sin alcalde	183
		El castillo	189
		El padre	193

Acta del jurado	
SEGUNDO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, HOMENAJE A TOMÁS CARRASQUILLA	198



Concurso Nacional de Cuento

RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN

El Ministerio de Educación Nacional y RCN Radio y Televisión se unieron en 2007 para crear el Concurso Nacional de Cuento, un proyecto educativo que busca promover la escritura creativa en niños, niñas, jóvenes y docentes del país para favorecer el desarrollo de sus competencias comunicativas y aportar a la formación de mejores ciudadanos.

En los dos primeros años la respuesta ha sido sorprendente: más de sesenta mil estudiantes respondieron a la convocatoria escribiendo cuentos originales y enviándolos por Internet a través del portal educativo Colombia Aprende. Muchos de ellos muestran su visión del país y reflexionan sobre la realidad cotidiana; otros son arriesgados y crean mundos fantásticos. Pero cualquiera que sea su temática, estas obras de niños y jóvenes colombianos demuestran que la creación literaria es una puerta para explorar en las propias emociones y compartir con los demás la lectura que cada uno va haciendo del mundo.

Además de invitar a los colombianos a contar historias, este proyecto ofrece herramientas pedagógicas a docentes mediante talleres de creación literaria y brigadas tecnológicas que buscan acercarlos a la tecnología para aprovechar las oportunidades que ofrece Internet para el desarrollo del hábito de lectura y la escritura.

En el proceso de evaluación de los cuentos participan 30 universidades colombianas, coordinadas por la Asociación Colombiana de Universidades –ASCUN. Finalmente, un jurado conformado por destacados escritores nacionales e internacionales, elige los cuentos ganadores que se publican cada año en la antología Colombia cuenta. Sus autores son invitados a Cartagena y premiados durante el Hay Festival.

Más información del Concurso Nacional de Cuento en:
www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento
http://concursos.colombiaaprende.edu.co/german_espinosa/blog
www.canalrcn.com www.rcnradio.com ■

Estimados lectores

CECILIA MARÍA VÉLEZ WHITE

Ministra de Educación

Desde tiempos inmemorables, los seres humanos hemos crecido y aprendido escuchando historias. Bien sean las que nos cuentan nuestros familiares, las que leemos en los libros o las que vemos y escuchamos a diario en los medios de comunicación. Y aunque nos encanten esos relatos que los otros han construido, no podemos perder de vista la necesidad de contar nuestras historias; aquellas que brotan de nuestra identidad como personas, ciudadanos y colombianos.

Y qué mejor manera de honrar la importancia de construir historias propias que dándoles el protagonismo a los niños, niñas y jóvenes del país para que sean ellos mismos quienes escriban las aventuras, fantasías y relatos que murmura su imaginación.

Justamente por eso, desde el año 2007, el Ministerio de Educación, junto con RCN, viene desarrollando el Concurso Nacional de Cuento cuyo objetivo es promover la escritura creativa en estudiantes y docentes del país. Gracias a este esfuerzo colectivo podemos ahora presentar con gran orgullo Colombia Cuenta 2008, esta antología que reúne los textos ganadores de la segunda versión del Concurso que se organizó como homenaje a Tomás Carrasquilla.

Los cuentos aquí reunidos comprueban el potencial narrativo de las nuevas generaciones pues basta leer cualquiera de ellos para confirmar el talento de estos jóvenes escritores. Por lo mismo, invitamos a los lectores de este libro a deleitarse con la prosa mágica de estos nuevos autores y, aún más, a contagiarse del entusiasmo que hay detrás de cada una de las palabras y de esta forma se animen a escribir sus propias historias.

Al fin y al cabo, la esencia del Concurso Nacional de Cuento radica no sólo en aprender a escribir cuentos sino en aprender de cuentos como estos y los muchos otros que seguirán escribiendo los niños, niñas y jóvenes del país. ■

Presentación

POR PETER FLORENCE

Es un gran honor y un placer hacer parte de este extraordinario proyecto que celebra el trabajo de miles de jóvenes escritores colombianos. El concurso reúne historias de todo el país, trascendiendo los límites de la edad, el género, la fe y la experiencia. Por eso resulta tan emocionante leer estos cuentos.

Hay un viejo chiste acerca de un escritor a quien le preguntan por qué escribió una novela. Él responde con una sonrisa pues lo hizo porque no tuvo tiempo para escribir un cuento. Es gracioso para la mayoría de los lectores porque suena un poco ridículo. Es gracioso para los escritores porque es cierto. Este género es exigente. Es increíblemente difícil afilar el argumento, los personajes y el tono en pocas palabras.

De una manera sorprendente, muchos de estos jóvenes escritores estudiantes, nos sumergen en sus mundos con gran habilidad e intensidad. Siento que la tradición contemporánea de los grandes narradores colombianos, que va de Gabriel García Márquez a Laura Restrepo y Juan Gabriel Vásquez, está en buenas manos.

Las historias seleccionadas nos dan una imagen maravillosa de la vida vista por adolescentes que habitan en una de las sociedades más dinámicas del mundo; desde grandes ciudades, pasando por el

extenso territorio rural y montañoso, hasta las fronteras vigiladas y las playas exuberantes. El lenguaje es rápido y suelto, proviene de la calle y de las páginas de alta literatura, jugando con imaginarios de la Biblia y de raperos urbanos.

Estos escritores viven entre el amor y la muerte, la esperanza y la desesperanza, y logran una magnífica combinación al estar al mismo tiempo arraigados a sus comunidades y soñando sus propias aventuras.

Una de las características más estimulantes de este proyecto, y que lo diferencia de cualquier otro concurso similar alrededor del mundo, es el viaje de los ganadores a Cartagena de Indias a participar en el Hay Festival. No importa si los jóvenes escritores se convertirán en soldados o profesores o modelos o sacerdotes; no importa si todo lo que ellos escriban en sus vidas sean informes o postales; por estos pocos días comparten el escenario con los más grandes y reconocidos autores del mundo. Es un gran comienzo. Estamos muy orgullosos de ellos. ■

Tejedores de historias

ROBERTO RUBIANO VARGAS

En Colombia hay una fiebre por contar historias. Veintiocho mil estudiantes que escriben cuentos más que una cifra es un síntoma. Es la confirmación de que hay un virus que recorre las aulas escolares, porque cuando veintiocho mil seres humanos se proponen crear sobre el papel imágenes, recuerdos, testimonios, gritos de auxilio o de terror, juegos y divertimentos, historias ingenuas o perversas, amorosas o terribles, espirituales o conspirativas, estamos ante una anormalidad: un estado de ensoñación cercano al delirio.

Por supuesto que esta es un anomalía que todos quisiéramos compartir. La de creer que el mundo puede ser diferente y tal vez mejor. Más divertido o más justo.

La segunda edición del Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional deparó una enriquecedora experiencia al grupo de jurados y evaluadores. La calidad de los textos fue superior a la primera convocatoria y la variedad de los asuntos tratados hizo que la lectura fuera un gusto compartido por el jurado internacional.

La observación de estos textos produce emociones diversas. Por un lado encontramos una sobresaliente capacidad para narrar que se expresa en esa diversidad de propuestas, esa fiebre por contar

los más lejanos rincones de la geografía espiritual y física de nuestra sociedad. Sin embargo, por otro lado encontramos reiteradas dificultades con el uso de las palabras. Debilidades que nacen de la separación que tradicionalmente ha existido entre el aprendizaje del lenguaje, el uso cotidiano y sus posibilidades para la expresión artística.

Sin embargo, pese a que algunos de estos problemas están presentes incluso entre los mejores cuentos, de todos modos no han limitado de manera significativa la capacidad literaria de los estudiantes ganadores. Una coma o una tilde mal puesta, incluso una frase mal redactada, no impiden que un cuento sea bueno.

Cuando alguien logra ejecutar un cuento escrito éste ya es un éxito que se debe destacar. Es una labor que implica un ejercicio de reflexión y observación que transforma a su autor. Le ofrece una nueva mirada sobre la vida. Y este es uno de los valores que deben reconocerse a este esfuerzo mancomunado de la empresa privada y la educación pública.

Otro aspecto que denota avances con respecto a la primera edición de este certamen es la manera como se asumen los temas. Cada vez hay menos obviedad, más profundidad en la observación de los personajes y las situaciones.

Por supuesto la violencia está presente en algunos de los cuentos ganadores, así mismo está presente el clásico cuento donde la realidad es un sueño, aunque tiende a superar el modelo. Pero los más interesantes son aquellos relatos que le hacen un quite a la realidad, que dibujan soles en las hamburguesas, o que narran amores no resueltos, describen músicos callejeros o vendedores de minutos, o aquellos que viajan por el tiempo a la expedición botánica y encuentran una planta extraordinaria.

Esta fiebre por urdir nuevas conexiones con la realidad está

muy relacionada con la actitud de los artistas callejeros que pintan las paredes o dibujan murales para mejorar un suburbio o intentan un grafiti en un callejón para poner su propia firma. Es decir, hay una fiebre por intervenir en la sociedad, por ser propositivo.

Estos jóvenes escritores son una suerte de tejedores de relaciones sociales que buscan a través de los cuentos relacionarse con sus iguales. Enviar mensajes en una botella al océano social.

Estos treinta tejedores de historias que destacamos en este libro y que representan el esfuerzo de los otros veintiocho mil participantes, dedicaron su trabajo este año a rendir homenaje al maestro Tomás Carrasquilla. Ellos son parte de esos jóvenes que comienzan a sentir esa fiebre por narrar, por hacer preguntas a través de la creación literaria. Y una persona que se hace preguntas sólo puede estar destinada a un mejor crecimiento individual.

En los últimos años he tenido que trabajar muy de cerca con los textos de los nuevos escritores colombianos. De personas que están intentando convertirse en escritores. Por eso puedo señalar que ser escritor, o intentar serlo, no significa que uno automáticamente esté predestinado a ser García Márquez. Hay personas que escriben para exorcizar sus fantasmas personales a través de relatos de vida; y eso es válido. Hay personas que escriben porque simplemente quieren hacerlo. Para ser escritor no existe una condición previa. La única condición para escribir es tener el deseo de contar algo. No hay que ser intelectual, no hay que ser lector, no hay que ser nada, para escribir basta tener el deseo de contar algo, esa es la condición fundamental.

Los treinta ganadores de este año (y por extensión los veintiocho mil participantes) cumplen con ese requisito. Algunos de ellos quizá no se convertirán en escritores, pero de todos modos serán mejores profesionales que podrán escribir sus informes, sus inves-

tigaciones y descubrimientos de mejor manera y si esa capacidad mejora gracias a la participación en este concurso, pues ya uno de sus objetivos está cumplido.

Otra de las funciones del concurso, la de promover nuevos talentos, también comienza a concretarse. Algunos de los treinta ganadores de este año son integrantes de talleres de escritura creativa (Renata y otros), otros, después de su experiencia en el concurso, ingresaron a un taller en busca de perfección y unos cuantos, son ya jóvenes escritores dedicados a su oficio.

Este certamen se hizo para estimular la inteligencia creativa de los estudiantes, para reconocer su capacidad de imaginar mundos y permitir que esa capacidad imaginativa termine por construir una mejor sociedad.

Ahora ellos tienen la palabra. ■

Homenaje

TOMÁS CARRASQUILLA

Tomás Carrasquilla nació en el pueblo antioqueño de Santo Domingo, en la cima de una montaña fría, en 1858, y allí vivió durante sus primeros cuarenta años. Enfermo por los libros, desde joven leyó todo lo que cayó en sus manos: “bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo”.

No se graduó de abogado como su familia quería, sino que fue sastre, concejal, secretario de juzgado y juez municipal, cargos en los que no duraba un año porque prefería leer, escribir historias y conversar con sus amigos.

Vivía muy tranquilo porque su abuelo Bautista Naranjo tenía una fortuna, pero cuando se quebró el banco donde él tenía los ahorros, a Carrasquilla le tocó ajuiciarse. Trabajó cinco años como proveedor en una mina de oro, y otros cinco como funcionario en el Ministerio de Obras Públicas en Bogotá. Regresó a Medellín en 1919 y escribió y escribió y escribió hasta que se quedó ciego, inválido y perdió el pulso en las manos. Murió en 1940, a sus 82 años, con más de mil páginas escritas, entre ellas las novelas *La marquesa de Yolombó*, *Frutos de mi tierra* y *Hace tiempos*, y los fa-

mosos cuentos: “En la diestra de Dios Padre”, “Simón el mago” y “San Antoñito”. Además escribió ensayos, crítica literaria, crónicas y perfiles, una obra variada y maestra de la literatura colombiana que le valió el premio José María Vergara y Vergara y lo hizo merecedor de La Cruz de Boyacá.

En el año 2008 el país lo recordó con motivo de los 150 años de su nacimiento. El Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación se unió a la celebración realizando en su honor la segunda convocatoria. ■



CATEGORÍA

CUNDINAMARCA

ANA PAULA GARCÍA GARCÍA

Robomésticos

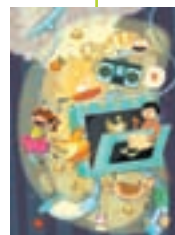
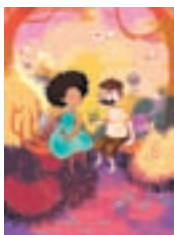
45

CALI

NICOLTH DAYANNA MIRANDA PÉREZ

Lo más cruel y perverso
que nos puedan hacer

39



CALI

DANIELA RAMÍREZ ENRÍQUEZ

El amor

27

PASTO

KATHIA LORENA ENRÍQUEZ PONCE

Las tres rosas

33

ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

CESAR

GISSEL MEJÍA MENDOZA

Rosita y la mosca

55

CASANARE

ÁLVARO ANDREY OLIVEROS GARCÍA

El anhelo

61

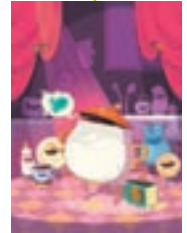
BOLÍVAR

RAÚL ANDRÉS VERGARA ARIAS

El sueño de una ollita

llamada Yoyo

77



CARTAGENA

SARA CAROLINA OROZCO VALIENTE

El capote amarillo

51

BOGOTÁ

MARCO JULIO

GROSSO ROMERO

Un racimo

con suerte

71

CÚCUTA

KELLY JOHANNA GARCÍA MORENO

El gato que quería ser tiburón

67



El amor



DANIELA RAMÍREZ ENRÍQUEZ
CALI

Nací en Cali el 3 de julio de 1995. Escribí este cuento especialmente para participar en el concurso, sin embargo, esta experiencia me permitió descubrir que quiero seguir escribiendo. Gracias a RCN y al Ministerio de Educación por dar oportunidad a los niños de Colombia para que expresen

sus sentimientos y sus deseos artísticos mediante la escritura. Este cuento se lo dedico a todos los jóvenes que están enamorados, en especial a mi hermano.

**Séptimo grado. Colegio
Claretiano Santa Dorotea. Cali.**

El amor

DANIELA RAMÍREZ ENRÍQUEZ

Hola, me llamo Esther. Ayer mientras iba a la escuela me encontré con Alan, el chico de quinto al que le gusta mi amiga Margarita.

–No sé, no la veré hoy –le dije cuando me preguntó por ella.

–Toma –y me entregó una caja con una cinta roja que parecía contener un regalo–, pero no lo abras, ya sabes que está mal abrir los obsequios ajenos. Esta noche lo guardas en tu casa y mañana se lo entregas. Le dices que es de parte de su príncipe azul.

Al príncipe azul de Margarita le faltan dos dientes, tiene la cabeza llena de piojos y si tú le miras las manos detenidamente siempre están sucias con las uñas llenas de tierra. Me alegró de que fuera su príncipe azul y no el mío. Pero tenía curiosidad por el regalo, no me imaginaba qué podía ser: quizás un sapo destripado o un murciélago carcomido por las hormigas, seguramente su último diente perdido luego de la caída de un árbol. De Alan se podía esperar cualquier cosa.

Como sea, lo guardé en el fondo de mi maletín y continué mi camino hacia la escuela. Al regresar a casa y sacar mis libros, nue-

vamente volví a ver el regalo envuelto en su cinta, sólo bastaba halar una de sus puntas para liberar la tapa. Era una caja mediana como esas que se usan para guardar zapatos.

Después de recibir las buenas noches, más el beso de mamá y de, sinceramente, tratar de dormir, moví mi brazo y prendí la lámpara. Entonces pude ver el regalo mirándome desde la cómoda. No lo soporté más y me levanté, tenía que abrirlo. Jamás imaginé que esa decisión cambiaría mi vida para siempre.

Adentro había una caja de música con una melodía tan bella que apenas la escuché hizo que me enamorara perdidamente de Alan.

Al siguiente día, cuando venía de la escuela, me volví a encontrar con él. Mi corazón saltó emocionado.

—¿Ya se lo entregaste?

—Sí, sí, se lo entregué —mentí.

—¿Qué dijo?, ¿qué cara puso?, ¿le dijiste que era de parte de su príncipe azul?

—Si, eso le dije, pero ella como si nada, simplemente se marchó.

En agradecimiento por haberle hecho el favor, Alan me acompañó a casa y se ofreció a llevarme los útiles escolares. Mientras caminábamos me contó que el obsequio que había enviado conmigo a Margarita se lo había dado una mujer muy vieja que vivía a las afueras del pueblo en una cabaña destartalada. Se había topado con ella cuando regresaba del río.

—Si no tienes quien te quiera pero te gusta una linda niña del pueblo, dale esto —le había dicho la vieja.

Según Alan, la mujer sacó de un costal la caja de música y le dijo que era mágica, que la chica que escuchara la melodía quedaría prendada de amor por él. A cambio le pidió los peces que Alan

había pescado en el río esa mañana. No le dije nada y me marché. Al parecer yo había caído en una trampa. Mi mente me decía que Alan era el chico más vago, sucio y feo del pueblo; pero mi corazón estaba loco de amor por él. Tenía que encontrar a la mujer y deshacer el hechizo. Esa misma tarde salí del pueblo, hacía el río, según la indicación que me había dado el propio Alan. Las paredes de su casa estaban hechas de madera curtida por la humedad y por techo había un chamicero de paja seca. Más parecía el nido de una bruja que la casa de una cristiana.

Tras llamar a la puerta con algo de temor, la vieja me abrió y de inmediato me preguntó qué se me ofrecía. Yo le narré lo sucedido. Ella, sin decir nada, dio media vuelta y se dirigió al último cuarto de la casa. Yo supuse que buscaba un antídoto para el hechizo, algo para deshacer el conjuro y volver todo a la normalidad.

Pero no fue así, cuando regresó, me entregó un frasco diciéndome que contenía un perfume, que cuando me lo untara, Alan moriría de amor por mí. Huí de ese feo lugar odiando a esa mujer y odiándome a mi misma por curiosa y por tonta, pero me llevé el perfume.

De pronto, detrás de la boca desdentada de Alan, de sus manos sucias y su cabeza hueca, empecé a adivinar al príncipe azul que se me había revelado en la caja de música. Quería correr hacía él, abrazarlo y besarlo y decirle que lo amaba. Pero mi mente me detenía, diciéndome que yo había sido víctima de un hechizo y que no existía tal príncipe ni tal amor por él.

Como sea, al final, Alan y yo nos hicimos novios. La vieja tenía razón, sólo fue cuestión de hacer que Alan oliera el perfume para que se olvidara para siempre de Margarita y me quisiera sólo a mí. Desde entonces pienso que el amor es como una música suave

y extraña, como un perfume fino y delicado que va más allá de nuestros sentidos y nos embriaga hasta el alma. Sí, el amor es una aventura. ■





Las tres rosas



KATHIA LORENA ENRÍQUEZ PONCE
PASTO

Me gusta leer y escribir cotidianamente, también he creado otros textos, aparte del cuento que me llevó a ser ganadora del Concurso. Creo que mi cuento deja una gran enseñanza, pues debemos practicar los valores en todo lugar y ocasión. En el futuro pienso seguir escribiendo y hacer mi aporte a la literatura colombiana y universal.

Nací en la ciudad de Pasto, en el año 1998, tengo 10 años y además de escribir practico el atletismo y el baloncesto. Invito a todos los niños a escribir, porque es una forma de plasmar todos nuestros sentimientos.

Cuarto grado. Escuela Normal Superior de Pasto. Pasto.

Las tres rosas

KATHIA LORENA ENRÍQUEZ PONCE

En un pueblo, muy al norte de un país encantador, había un mercado en donde se vendían las más hermosas flores. Entre tantas había tres rosas de muy vistosos colores, una amarilla, otra roja y la última de color blanco como la nieve, que compartían el mismo florero en el puesto de un mercader afortunado.

Las rosas mantenían una discusión para saber quien era la más bella.

Amarilla dijo:

–Mis pétalos son tan hermosos como los rayos del sol, que da calor todas las mañanas en este florero.

La rosa roja se opuso y exclamó:

–Mi color representa exactamente el amor, además yo sirvo para enamorar a las más bellas doncellas.

La rosa blanca también participó diciendo:

–Por supuesto que yo soy la más bella, puesto que mi color se asemeja a las nubes que se regocijan en el cielo, el reino de quien me creó como la más hermosa.

Por más que hablaron no llegaron a un acuerdo, pero cuando alzaron la vista se percataron de que la atracción de todo el mer-

cado era la elegante rosa negra que todos querían tener, y que por casualidad la iban a poner junto con ellas en el mismo florero. Antes de que esto ocurriera se reunieron para hablar:

Amarilla dijo:

–Una rosa más hará que el agua del florero se acabe más rápido y por eso moriremos.

Roja con furia exclamó:

–La rosa negra con tanta belleza hará que nos dejen en el olvido.

Blanca comunicó:

–Una rosa blanca como yo ha sido creada por el bien, pero una rosa negra proviene del mal, debemos aliarnos para acabarla.

La rosa negra llegó y con gran sencillez les dijo:

–Hola compañeras, espero que nos llevemos bien y podamos ser las mejores amigas del mercado.

Las demás rosas furiosas no le contestaron. Después de una tarde muy larga llegó la noche y todos los habitantes del pueblo se fueron a sus casas. La rosa negra, de tanta admiración se quedó profundamente dormida. En ese momento las demás rosas empezaron a construir un plan.

Amarilla:

–Yo alargaré mis raíces para tenerlas cerca de las raíces de Negra y así beberme su agua.

Roja:

–Yo creceré mucho para tapar la luz del sol y así debilitar a Negra.

Blanca:

–Yo haré crecer mis espinas para dañar los pétalos más hermosos de Negra.

Y así esa noche empezaron a prepararse. Al otro día cada una hizo lo prometido durante el tiempo en que el sol estuvo brillando.

Amarilla bebió demasiada agua y al anochecer sus pétalos y todo su cuerpo se empezó a pudrir. Roja recibió muchos rayos de sol y así sus pétalos se empezaron a quemar y Blanca se esforzó tanto por agrandar sus espinas que debilitó su tallo y empezó a partirse.

Negra no dijo nada pensando que le harían daño y se durmió al anochecer sin pronunciar ni una palabra.

Al amanecer el mercader vio a las rosas envejecidas y, preocupado por su mal aspecto, empezó a hablarles; cada una explicó lo que pasaba y por qué estaban así.

El mercader respondió:

—Es claro, rosas, que su avaricia y sus malas intenciones hicieron que esto sucediera. Negra no sufrió nada porque nunca quiso hacer daño. Las pondré en floreros diferentes. Amarilla, te pondré en un florero con muy poca agua. Roja, te pondré en un lugar con mucha sombra y a ti, Blanca, te pondré junto a una ramita para que te ates muy fuerte.

Pasó aquel día y a la mañana siguiente todas estaban como recién cortadas del jardín y a todas, incluso a Negra, el mercader las puso en el mismo florero para que lo compartieran, todas ellas se olvidaron de rencores y se convirtieron en las mejores amigas. Un momento después una persona fue por la rosa negra, pero al ver tal combinación de colores las llevó a todas al mejor florero: el florero del comedor del Rey. ■





Lo más cruel y perverso que nos puedan hacer



NICOLTH DAYANNA MIRANDA PÉREZ
CALI

Soy vallecaucana, hija de Santiago de Cali, nacida de la unión de una semilla caleña con un bogotano.

Me gusta escribir y dibujar lo que escribo. Me gusta poner a hablar a las piedras, bailar a los árboles y cantar a las paredes. Lo que me motivó a empezar a escribir fue escuchar de mi mamá que a Caperucita se la comió el lobo, e imaginar cómo hubiera sido si al lobo se lo hubiera comido Caperucita.

Estoy creciendo igual que mis cuentos. En agosto cumplo doce años de mi primer suspiro; de los cuales he fantaseado como seis y jugado con tinta y papel

como tres. Mi primer cuento lo inicié con un “érase una vez”, terminándolo con un “vivieron felices para siempre”. Ahora veo que no siempre vivimos felices y me pregunto: ¿por qué no contarlo?

Ahora tengo millones de metas, una y la más grande es cumplir tres mil años de total felicidad, siendo médico, ingeniera o artista, lo que el Altísimo destine para mí, pero haciéndolo de la mejor manera posible y sirviendo a la sociedad.

Quinto grado. Liceo Ejército Pichincha. Cali.

Lo más cruel y perverso que nos puedan hacer

NICOLTH DAYANNA MIRANDA PÉREZ

Todo empezó como un día cualquiera, abrí mis ojitos y mi familia me recibió con un desayuno con leche, como me gusta. Me fui a hacer una siesta como de media hora, cuando desperté todo en mi casa parecía igual, nada indicaba la tragedia que iba a ocurrir horas después.

Jugué con mi mejor amiga Pacha, pero ella con su voz felina tampoco me indicó nada sobre la tragedia que viviría. En qué cabeza cabe causar tanto sufrimiento a un ser; yo nunca le he hecho un mal a nadie, yo no he robado, yo no he matado, no he cometido ningún crimen, ¿por qué me sucedería esto tan horrible?

Después de jugar con Pacha dormí como dos horas más, tan solo el delicioso olor de la comida que prepara mi mamá los días festivos me despertó. Ese olor a comida digna de los dioses, que perturba hasta el mismo infierno.

Me paré exaltada, casi ordenándole a mi mamá que me sirviera ese delicioso manjar, a lo que ella contestó: “Rubí Lorena, así no”. Con esta respuesta decidí entretenerme haciendo otras cosas: corrí, jugué nuevamente con Pacha, luego jugué pelota con Valentina —la hija de Eliza—, luego me senté a descansar de nuevo, pero escu-

ché un ruido que lo interrumpió: parecía agua. Me asomé al garaje de la casa y efectivamente era agua. Eliza estaba lavando su moto, ella siempre pensando que todo debe estar limpio. Me acerqué a ayudarle; ella me miró como siempre, aunque torció un poco la nariz, siguió lavando su moto. Y yo mientras tanto jugueteaba en el agua mojándome las uñas. Ella secó y brilló su moto. Pacha llegó desde la esquina me dijo con su voz felina: “Deja de jugar o lo lamentarás”. Yo no le hice caso a su advertencia.

Estando medio extasiada en mi juego sentí como el peso de Eliza caía sobre mí. No entendía que pretendía esta mujer; ella siempre me había mirado con ojos muy cariñosos aunque decía que mi olor era muy desagradable.

Aun no sabía lo que pasaba, estaba muy confundida. De pronto sentí como algo helado recorría todo mi cuerpo, era tan frío que mi sangre parecía que se iba a congelar, después dejó de circular este líquido helado sobre mí y cuando pensé que ya todo había pasado, sentí como otro líquido extraño era frotado sobre mí. Este era ácido y espumoso a la vez, ella lo frotaba por todo mi cuerpo. ¿Por qué esta mujer era tan cruel conmigo?

Yo lloraba y gritaba pidiendo auxilio pero nadie me hacía caso. Después volví a sentir ese líquido helado que me congelaba la sangre. Yo estaba demasiado cansada de luchar contra ella, entonces decidí dejar que ella hiciera conmigo lo que quisiera, así eso me llevara al fin. Seguramente su conciencia o un ángel se conmovieron de mí, porque por fin dejó de aplicarme ese líquido helado. Pero este no fue el fin de mi tortura porque luego se le ocurrió torturarme con aire caliente, era como si el sol me soplara estando a un metro de él; antes mi sangre parecía hielo, ahora era yo en un caldero cual comida para bruja.

Cuando mi cuerpo se secó, al punto de grano de café tostado

para moler, la mujer paró con esta parte de la tortura para continuar rayándome la piel con algo parecido a un rastrillo para hojas secas. Esta mujer acabó con los nudos de mi pelo pero a la vez parecía como si quisiera arrancarme la piel, como si le molestara algo de mi pelo o sintiera envidia ya que ella no lo poseía.

Al fin Eliza, por obra divina dijo: “Rubí Lorena, ahora estás limpia”.

Esto lo cuento a mis escasos cuatro meses de vida, con el propósito de que perritos y perritas como yo, estén prevenidos de lo que los humanos son capaces de hacernos a tan corta edad. ¡Darnos un baño!, sabiendo que el orgullo más grande de un perro es estar sucio. O, ¿por qué piensan que los perros nos revolcamos en porquerías cuando salimos a la calle? Créanme, no es para estar limpios. ■





Robomésticos



ANA PAULA GARCÍA GARCÍA CUNDINAMARCA

Cuando mis padres, que son colombianos, vivían en Maracaibo, Venezuela, nací yo. Luego nos radicamos en Cota, Cundinamarca. Escribí este cuento porque me puse a pensar un día: “si hubiera un robot en mi casa mi mamá y mi papá no tendrían que trabajar tanto”.

Este no es mi primer cuento y ahora sigo escribiendo más. Los libros que he leído me han dado ideas para escribir. También he sacado ideas de las películas que veo. Hasta el momento el escritor que más admiro es Jairo Aníbal Niño.

A mí me interesan mucho las artes, compuse una canción porque me encanta la música colombiana, el rock y el pop. Siempre ando haciendo obras de teatro en el colegio cuando tengo la oportunidad. Y mi deporte favorito es patinar. Cuando sea grande quiero ser, además de cirujana plástica, patinadora artística profesional. Y, bueno, pensar en todo esto y ver los hermosos paisajes de Cota me colma de ideas para escribir cuentos.

Quinto grado. Colegio Santo Tomás. Chía, Cundinamarca.

Robomésticos

ANA PAULA GARCÍA GARCÍA

Había una vez un señor llamado Quintanael y tenía una casita en una granja muy grande que era de su propiedad; él vivía con su esposa llamada Laurina y su dos pequeños hijos que se llamaban Juan y Bety. En la granja había vacas, cerdos, conejos, ovejas, caballos, chivos, patos, gallinas, gallos, pollitos, perros y un gato gordo y perezoso. En la casa, a pesar de ser una granja, tenían todos los electrodomésticos que se usan en una casa normal de ciudad. Y gracias a su huerta, a sus árboles frutales y a sus animales no era necesario hacer compras para surtirse de nada, pues todo lo producía la granja.

Una mañana muy temprano Quintanael se levantó para ordeñar una de las vacas, al terminar fue a preparar el desayuno después de recoger algunos huevos, abrió la nevera y notó que no estaba enfriando. Luego intentó utilizar el horno microondas pero no funcionó, en ese momento se dio cuenta de que ninguno de sus electrodomésticos funcionaba. Ante lo extraño de esta situación llamó con urgencia al servicio nacional de electrodomésticos y preguntó si podían ayudarlo, le preguntaron la dirección de su casa, él se las dio pero quedó sorprendido cuando le informaron que por tratarse de una granja distante de la ciudad no podrían

darle servicio. Entonces Quintanael colgó muy triste y preocupado y fue a contarle a su esposa Laurina quien dijo: “¡Ojalá los electrodomésticos fueran como las gallinas o los chivos que nunca hay que pensar en un técnico para que los repare!”.

Quintanael se quedó pensando seriamente en el comentario de su esposa y recordó un anuncio en el periódico que hablaba de cursos de robótica y pensó que sería buena idea tomarlo.

Una semana después de graduarse decidió que construiría un robot para que ayudara en los oficios de la casa a su pobre y cansada Laurina. Con todos los viejos electrodomésticos dañados construyó uno que en realidad por ser el primero de sus creaciones no era perfecto y tenía algunas fallas que con el pasar de los días Quintanael fue corrigiendo.

Este simpático robot era algo muy singular: su cabeza era una vieja grabadora y su nariz el botón *on-off*; sus ojos eran los círculos de los parlantes, su boca era la casetera, su cuello era un exprimidor de naranjas eléctrico, su caja torácica era una estufa con horno y todo, su brazo izquierdo era una aspiradora y el derecho una larga y flexible pinza eléctrica. En la pierna derecha tenía una cafetera a la altura del muslo y en la parte de abajo tenía una pequeña nevera de oficina que gracias a sus rodachines permitía su desplazamiento; en la izquierda tenía teléfono, tostadora y terminaba en una pequeña alacena con rodachines.

Al principio Laurina y los niños no creían que ese atado de aparatos sirviera para algo, pero la paciencia y la inventiva de Quintanael poco a poco fueron demostrando que Robotón, como lo bautizaron los niños por su apariencia de tonto, en realidad cada día era mejor ayudante. Era capaz de hacerlo todo: limpiar, barrer, lavar, enfriar, calentar, cocinar, tostar, alimentar a los animales, cuidar la huerta y mucho más.

Robotón funcionaba con leche recién ordeñada de la vaca; por la noche lavaba y alistaba huevos, frutas y verduras, y con la leche fabricaba derivados lácteos que según su uso enviaba a la nevera o al horno de donde salían ya listas deliciosas tortas, ensaladas, sopas, queso, mantequilla, helados, yogurt, cuajadas y otras muchas delicias.

Robotón se convirtió en miembro indispensable de la familia, todo lo hacía él: llevaba a los niños al paradero para esperar el bus escolar, cuidaba los animales, mantenía el huerto y los cultivos, arreglaba la casa, cocinaba, etc.

Para todos, la vida se convirtió en algo muy suave, muy cómoda, muy fácil, muy... muy... aburrida. Quintanael veía pasar la vida entre complacido y aburrido, su barriga empezó a crecer, cada día dormía hasta más tarde, incluso un día por pereza le ordenó a Robotón que pusiera al día la contabilidad de la granja.

Robotón, obedientemente tomó toda la papelería, la ordenó y luego todos sus circuitos empezaron a trabajar. La casetera se prendía y se apagaba, la puerta del horno se abría y se cerraba, la cafetera hervía y empezaba a pitar, la aspiradora de su brazo se prendía descontroladamente, la nevera en su pierna empezó a fabricar hielo sin necesidad, el teléfono en su muslo izquierdo repicaba intensamente. Quintanael oyó el ruido que todo esto producía y quiso saber lo que pasaba, cuando se acercó a Robotón se dio cuenta que estaba como loco pero no podía entender por qué si hasta ahora había funcionado a la perfección. Fue entonces cuando cayó en cuenta de que nunca se le había ocurrido ponerle calculadora. ¡Claro, era eso!, por fin había una función que Robotón no podía desempeñar. Juan y Bety asustados por el gran ruido salieron corriendo de la casa, Laurina ni siquiera podía moverse del susto y Quintanael sólo podía mirar aterrado lo que sucedía

con el pobre Robotón, hasta que ¡boooooom!... rodaron pedazos de aparato por todos los rincones y Robotón ya no existía.

La familia poco a poco fue recobrando la tranquilidad, en principio fue difícil pensar que ahora tendrían ellos mismos que volver a hacer todos los oficios de la casa: cocinar, lavar, planchar, cuidar la huerta, los animales, etc. Pero después de iniciadas las labores se dieron cuenta de que resultaba muy divertido hacer algo, se entretenían y disfrutaban enormemente tener algo que hacer.

Quintanael reunió los pedazos del pobre Robotón, los observaba con cierta tristeza, pero también esto le hizo comprender que la perfección es imposible. “Lo único perfecto es Dios, me enseñó mi madre”, se dijo, y esto lo tranquilizó mucho. Entonces comprendió que es una enorme satisfacción cuando uno logra llegar a las metas trazadas sobre la base de su propio trabajo y esfuerzo.

A partir de esa idea Quintanael inició la reconstrucción de Robotón, pero con el objetivo de que cumpliera sólo con algunos oficios y sólo para usarlo como un complemento de su propia capacidad, pero nunca más para que lo reemplazara a él ni a nadie de su familia. Además construyó muchos otros robots, cada uno con oficios diferentes, que empezaron a ser vendidos por todo el país lo cual le produjo gran riqueza y tranquilidad sobre todo por el futuro de sus hijos. Desde entonces (como en los cuentos de hadas) fueron muy felices y comieron muchas perdices. ■





El capote amarillo



SARA CAROLINA OROZCO VALIENTE
CARTAGENA

Soy de Cartagena de Indias y escribí este cuento porque fue una experiencia que viví y pensé que le podía interesar a otras personas. Pero he escrito otros. La literatura me gusta mucho y por ello hago parte del taller infantil La Urrakita, que dirige mi papá, y donde nos ponen a leer muchos cuentos de escritores famosos. Además, me encanta el cine, la natación y la

danza moderna. Tengo 12 años y curso octavo grado. Me gustaría invitar a todos los niños y niñas para que lean, ya que es muy divertido. Además, podrían ganar en este concurso como lo hice yo...

Séptimo grado. Institución Educativa Soledad Acosta de Samper. Cartagena.

El capote amarillo

SARA CAROLINA OROZCO VALIENTE

Era otra mañana feliz y lo primero que vi al levantarme fue la cara de mi hermana todavía dormida, con una parte de la sábana en los ojos. Al pararme de mi cama fui a la sala y allí estaba mi mamá, recién levantada, haciéndonos el desayuno. El cielo se veía un poco oscuro pero no le di mucha importancia. Cuando miré a mi derecha, ¡oh!, me asusté al ver algo como un fantasma, pero era mi papá trasnochado frente al computador trabajando.

De repente, bromm, bromm, sonó el primer trueno, todos nos quedamos tiesos. Tan fuerte fue que mi hermana se levantó asustada. Eran las diez de la mañana cuando vimos que el cielo estaba totalmente nublado; todos nos sorprendimos.

–Qué tiempo –dijo mi papá.

–Eso se lo lleva la brisa –dijo mamá, picando una zanahoria.

Ya era hora de irme al colegio. Por nada del mundo podía faltar pues tenía examen de biología. Cuando salimos de la casa, gloc, gloc, empezaron a caer las primeras gotas de agua.

–Está lloviendo, no puede ser –dije yo.

Mi papá rápidamente subió a la casa y bajó en dos segundos. De pronto vi un capote, era grandísimo y amarillo, uno de mis

colores favoritos. Yo estaba encantadísima, cuando mi mamá me interrumpió diciendo:

—Niña, súbete rápido que vamos a llegar tarde.

Mi mamá se puso el capote y me sentó delante de ella para que no me mojara. Yo estaba debajo del grandioso impermeable, no veía nada. Cuando íbamos en el camino las gotas de agua parecían bombas que caían sobre el capote. En ese momento sentí que el capote luchaba contra la fuerte lluvia, pero yo sabía que él iba a ganar esta batalla. Yo era la única que me sentía así, parecía un cuento de hadas, yo era la doncella en peligro, el capote el caballero que luchaba por mí contra las peligrosas bombas de agua, los relámpagos eran como espadas que querían traspasar la armadura del príncipe capote para secuestrarme, pero él estaba firme y luchando por protegerme.

Era extraño todo, pero muy divertido, tanto que mi mamá se dio cuenta que iba muy callada y me preguntó por qué estaba tan silenciosa. Sólo le respondí diciendo que vivía un sueño hecho realidad.

En ese instante sentí que mi papá paraba la moto diciendo:

—Bájate, cariño, que ya llegamos.

Entonces me bajé rápidamente y vi que la lluvia había cesado, mi mamá se quitó el impermeable y lo guardó en la canasta de la moto. Yo estaba seca y sin una sola gota en mi uniforme gracias al capote que luchó para que yo llegara bien a mi examen. En ese momento me di cuenta que el bello capote que tanto había combatido contra la lluvia como un caballero salvando a su doncella en aprietos, era un verdadero héroe. Pero a medida que mis padres se alejaban me daba cuenta de que el capote no era el único protagonista de esta historia; existía otro en el que no me había fijado, era mi papá, y al verlo totalmente bañado por la lluvia, entendí su sacrificio. ■



Rosita y la mosca



GISSEL MEJÍA MENDOZA
CESAR

Nací el 6 de marzo de 1995. Escribí este cuento pensando en cómo sería la amistad entre un insecto y una persona. He escrito otros cuentos que me han servido para ampliar mis habilidades para relatar historias. Lo que hago en mis tiempos libres es leer pequeñas historias que me ayudan a comprender más sobre ellas y también me permiten analizar su punto de llegada.

Me apoyo un poco en series de T.V. y algunos largometrajes. Escucho música pop y me gusta practicar el microfútbol para mantener el cuerpo en forma. Todo esto me ayuda a despejar mis pensamientos y así organizar mis ideas claramente.

Séptimo grado. Institución Educativa José María Uribe. La Gloria, Cesar.

Rosita y la mosca

GISSEL MEJÍA MENDOZA

En un pueblo muy pequeño vivía una niña llamada Rosita. Vivía en una casa humilde con su madre, que era una señora adicta al trabajo pero muy cariñosa con ella. La niña, muy madrugadora, gustaba ayudar a su mamá en todo lo que ella necesitara y además se interesaba mucho por los animales que encontraba a su alrededor. Un día paseando por las calles del pueblo, Rosita vio una mosca muy desamparada porque se había extraviado de sus familiares y amigos, Rosita empezó a dialogar con la mosca. Se hicieron grandes amigas. En medio de la conversación llegó un pájaro come insectos que al ver a la mosca quiso comérsela, asunto que Rosita impidió espantando al pájaro agitando los brazos y dando gritos de tal manera que a este no le quedaron ganas de insistir. La mosca muy feliz con Rosita dijo que no le alcanzaría la vida para agradecersele, la niña le contestó que no se preocupara que para eso estaban los verdaderos amigos. Estando en tan amena conversación pasó un carro de helados que tropezó con una piedra lo cual hizo que unas gotas de rica crema de chocolate cayeran cerca de Rosita, entonces la mosca muy contenta empezó a comer ya que tenía mucha hambre. Rosita se llenó de alegría al ver que su amiga disfrutaba aquel rico alimento. La niña se despidió de

su amiga diciéndole que al día siguiente vendría a visitarla nuevamente; la mosca muy feliz se despidió y rogó que no le fallara, que por favor viniera a verla.

Rosita se encaminó hacia su casa, pero al llegar vio de nuevo al pájaro que se quería devorar a su amiga la mosca. El animal estaba muy triste porque no había comido en todo el día, Rosita le propuso que probara de la banana que traía en su bolsillo, a lo que el pájaro contestó que él sólo se alimentaba de insectos y que debido a que ella le había impedido comerse a la mosca tenía mucha hambre. Rosita le suplicó que lo intentara y que por favor comiera de la fruta, el pájaro aceptó hacer la prueba y al saborear tan succulento manjar no hubo quien contuviera al animal. La niña lo interrogó sobre los alimentos que había probado y él le dijo que nunca en su vida había comido bocado tan delicioso. Le dio las gracias a Rosita y le juró que jamás volvería a comer insectos, que en adelante sólo iba a comer frutas. Rosita se puso feliz porque su amiga la mosca ya no estaría en peligro.

Ya en su casa, después de saludar a su madre, Rosita se sentó a la mesa a comer, la mamá le preguntó por qué se había demorado tanto, a lo que la niña contestó que en el camino había hecho una amiga y que había estado largo rato hablando con ella.

Al día siguiente, como habían acordado, Rosita fue a visitar a la mosca pero no la encontró, así que la niña muy triste se puso a llorar. No había encontrado a su nueva amiga. Desconsolada se fue a su casa, pasó una semana y Rosita no encontraba a la mosca, su madre al notar la tristeza de la niña le preguntó la razón de tal actitud y ella le explicó que su mejor amiga había desaparecido, la madre insistió y quiso saber el nombre de la persona causante de su desánimo. Rosita afirmó que cuando la encontrara se la presentaría con toda seguridad.

Rosita salió en busca de su amiga pero estando ya en camino se encontró de nuevo con el pájaro come insectos, de inmediato se imaginó que él se había comido a su amiga, pero no quiso decirle nada. Esperaba lo peor. Así que siguió caminando sin ninguna esperanza de encontrar con vida a la mosca. Pero de pronto en unas hojas secas tiradas en el suelo la vio, era ella, su mejor amiga. Se dio cuenta que el pájaro no le había fallado en lo que prometió, era un animal de palabra. Rápidamente se dirigió a la mosca y le preguntó la razón por la cual había desaparecido durante tanto tiempo, la mosca le respondió que un viento fuerte la había arrastrado hasta un lugar desconocido para ella. Sus alas estaban estropeadas y que el viaje de regreso había resultado muy difícil, pero que ella se las ingenió para regresar y así poder estar con la que era la mejor amiga del mundo. Efectivamente Rosita notó que su amiga estaba maltratada y quiso saber por qué estaba tan flaca.

—Es que no encuentro nada para comer -repuso la mosca—. Soy sólo una pequeña recién nacida y no sé cómo alimentarme.

—Si quieres te vas conmigo a casa y yo te doy toda la comida que quieras —afirmó la niña—. Pero con una condición, que no te pares en el alimento que mi mamá disponga en el comedor.

La mosca muy contenta aceptó de inmediato y le prometió que no tocaría nada, ni molestaría en absoluto para que su mamá no pensara que ella iba a contaminar la loza o los cubiertos.

Rosita y la mosca llegaron muy cansadas a casa, la mamá se dio cuenta en seguida que Rosita traía una mosca en su espalda y salió en busca del matamoscas. Rosita le dijo a su mamá que no la matara, que ella era su única amiga y si la mataba a ella, acabaría con la que hasta ese momento era lo mejor que existía en su vida.

La mamá sorprendida al conocer a la amiga de Rosita y la insistencia con que la niña la defendía, comprendió que para ella

significaba una verdadera amistad. Al fin todo se arregló entre la mamá de Rosita y la mosca, aunque la señora no compartía aquella amistad tan extraña.

Días después llegaron otras moscas a casa de Rosita, la amiga de la niña vio que eran idénticas a ella y que podrían reemplazar a sus parientes y conocidos. El encuentro fue grandioso y entre chiste y chanza, entre besos y abrazos se formó un gran combo y emocionadas volaron por toda la casa ensuciando con sus patas todo cuanto tocaban a su paso.

Al llegar Rosita del colegio notó algo distinto en la mosca.

–Qué te pasa –dijo la niña.

–Yo no puedo vivir contigo, somos diferentes –repuso la mosca. No podemos realizar juntas ciertas cosas. Por ejemplo, no podemos volar juntas ni yo puedo ir a tu escuela.

–Yo también lo he pensado mucho y sé que nunca podremos estar una al lado de la otra, tú eres una mosca y yo una niña.

Las dos decidieron dejar las cosas así y que cada una consiguiera sus propios amigos.

Felices las dos por haber llegado a un acuerdo y sabiendo que era lo mejor para ambas, aplaudieron para demostrar su alegría, sin percatarse Rosita que sin culpa aplastó con sus palmas a la que hasta ese momento había sido su mejor amiga. ■





El anhelo



ÁLVARO ANDREY OLIVEROS GARCÍA CASANARE

Nací el primero de febrero de 1997 en Yopal, Casanare. Soy un chico emprendedor, he estado en varias ciudades, pero ninguna como Cartagena. Este viaje nunca lo olvidaré pues fue una experiencia maravillosa y me siento aún más contento porque gracias al premio podía

traer a un acompañante y ese fue mi papá que no conocía Cartagena. Quiero hacer un agradecimiento enorme a las personas que nos apoyan para seguir escribiendo.

Sexto grado. Centro Social La Presentación. Yopal, Casanare.

El anhelo

ÁLVARO ANDREY OLIVEROS GARCÍA

Érase una vez una viejita que tenía un sueño desde muy pequeña que era conocer el ornitorrinco, pues era su animal preferido aunque nunca había visto uno en persona.

La viejita estaba muy cerca de morir debido a que tenía ochenta y cinco años de edad y no iba a poder realizar su sueño. Por fortuna en el pueblito donde ella vivía estaban haciendo el censo y al pasar por su casa lo primero que le preguntaron fue su edad y cuando ella respondió quedaron asombrados.

Los funcionarios del censo fueron a contarle la novedad al alcalde quien decidió darle un premio. Cuando preguntó qué quería la señora los funcionarios dijeron que ella deseaba que le realizaran su sueño de conocer al ornitorrinco.

El alcalde aceptó y la llevó al zoológico pero antes de que llegaran al lugar le dio un paro cardíaco; afortunadamente los médicos hicieron todo lo posible para no dejarla morir y lo lograron, pero el médico le advirtió al alcalde que a la señora le quedaban pocas horas de vida.

El alcalde decidió aprovechar esas horas para que fueran rápidamente al zoológico y le mostraran el ornitorrinco. Así la viejita

podría morir en paz y se iría al cielo con su anhelo más grande ya cumplido.

Cuando iban de camino precisamente al carro en que iba la viejita se le pinchó una llanta. Mientras cambiaban la llanta se dieron cuenta de que se estaban demorando mucho tiempo así que decidieron llamar a otro carro para que los recogiera y los llevara rápido al zoológico, pero ninguno de los carros que llamaron aceptó. Ya el alcalde se iba a dar por vencido cuando se le ocurrió una idea para conseguir que la viejita cumpliera su sueño, consistía en correr hasta el zoológico y aunque a todos les tomó de sorpresa aceptaron y como la viejita no iba a aguantar el alcalde la llevó en sus hombros.

Quince minutos después llegaron al zoológico y la viejita no había muerto pero surgió otro obstáculo y era que el alcalde no tenía suficiente dinero a la mano para pagar las entradas. Lo que tenía solo alcanzaba para una persona y no podían dejar entrar sola a la viejita ya que debido a su condición no podía casi ni caminar.

Pero por suerte un empleado que era el que dejaba entrar a los visitantes al zoológico se unió a la causa dejándolos pasar sin cobrarles.

Una vez dentro no sabían en que parte estaban los ornitorrincos y ningún guía se ofreció a decírselos.

Se estaba acabando el tiempo y todavía no sabían ni en donde estaban, pero el alcalde dijo que ellos no iban a perder todo el esfuerzo que habían hecho y empezaron a correr en busca de los ornitorrincos.

Por suerte los encontraron pero allí surgió otro problema y era que ningún ornitorrinco salía del agua precisamente en ese momento, pero el alcalde encontró en una vitrina unos trajes para bucear.

El alcalde le puso uno a la viejita y el otro se lo puso él, lastimosamente los demás acompañantes se quedaron en la superficie porque solo había dos.

Cuando entraron en el agua la viejita estaba demasiado ansiosa por conocer a los ornitorrincos y recordaba que desde muy pequeña averiguaba todo sobre ellos y cuando vio la cueva dentro del agua no podía creer que todo eso estaba pasando y creía que todo era un sueño, pero no.

De pronto apareció uno de los ornitorrincos que había en esa manada y como por arte de magia la viejita apenas lo observó bien se sintió rejuvenecida, como si tuviera 20 años.

Luego notaron que toda la manada salía y eso era un espectáculo completo no solo para la viejita sino para el alcalde, pues también era la primera vez que veía una manada de animales tan exóticos como los ornitorrincos.

Cuando salieron del agua el alcalde llevó rápidamente a la viejita a un hospital que estaba muy cerca.

Cuando llegaron a la sala de emergencias la viejita estaba en perfectas condiciones y hasta le calcularon diez años más de vida. ■





El gato que quería ser tiburón



KELLY JOHANNA GARCÍA MORENO
CÚCUTA

Nací en 1993 en la ciudad de Cúcuta. Mi primaria la hice en la escuela Cúcuta 75. Actualmente estoy terminando la secundaria con unos profesores maravillosos, en especial el profesor Manuel Iván Urbina quien me habló sobre el concurso. Cuando llegué a mi casa me puse a escribir este cuento inspirándome en mi gato

que estaba a mi lado. Quiero dedicarlo a Alejandro, mi papito, y a Ayde, mi mami. También al Ministerio de Educación y a RCN por darme la oportunidad de participar en este certamen.

Séptimo grado. Colegio Integrado Juan Atalaya. Cúcuta.

El gato que quería ser tiburón

KELLY JOHANNA GARCÍA MORENO

Milena era dueña de un gato. Un día llevó al gato de paseo al acuario a ver los tiburones y el resto de animales marinos. Al gato le pareció fantástico lo que hacían los tiburones, se le metió en la cabeza que quería ser como ellos.

En un descuido se le escapó a Milena de los brazos, se le acercó al tiburón y le preguntó:

–¿Qué hay que hacer para ser tiburón?

–Afilarse los dientes, ser rápido, aprender a nadar y comer gente –le respondió el tiburón.

Mientras tanto, Milena toda preocupada, estaba buscando al gato. Cuando se dio cuenta de que estaba hablando con el tiburón, salió corriendo y se lo llevó a la casa. Allí Milena soltó al gato, quien se fue para el patio y con una piedra comenzó a afilarse los dientes.

Practicó natación en una tina llena de agua, pero no logró aprender porque se ahogaba.

Organizó una competencia de carreras con los demás gatos para aprender a ser rápido, pero tampoco pudo hacerlo.

Para aprender a comer gente, comenzó a morder y a arañar a las personas que llegaban de visita a la casa. Así se ganó varias patadas.

Pasaron los días y el gato no podía ser tiburón. Y todas las prácticas que él hacía lo estaban enfermándolo.

Milena muy preocupada lo llevó al veterinario, quien lo examinó y le dijo que el gato estaba demasiado cansado, que por eso no podía ni comer bien.

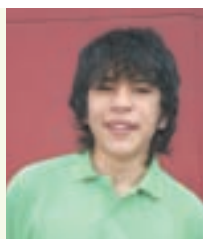
Siguieron pasando los días y el gato ya no podía caminar. Permaneció en la casa y de repente vio a los pajaritos en el solar. Al gato le pareció fantástico lo que hacían los pajaritos, se le metió en la cabeza que quería ser como ellos y decidió que ya no quería ser tiburón sino pajarito.

¿Fin? ■





Un racimo con suerte



MARCO JULIO GROSSO ROMERO BOGOTÁ

Considero que siempre he sido muy afortunado. No he tenido grandes riquezas materiales, pero he tenido la oportunidad de recibir un valioso ejemplo de mis padres. El deseo de escribir siempre me ha acompañado.

Quiero contar historias y expresarme a través de las palabras.

Lo más importante que he aprendido es el valor de la libertad y creo que mis padres me han permitido sentirme libre. Nunca me han prohibido nada y siento que la confianza que siempre me han demostrado es la mejor guía que he recibido.

Quiero seguir escribiendo y mostrar mi inconformismo, pues siento que hay mucho por hacer en este mundo. No me gusta quejarme y creo que detrás de

los problemas, vienen siempre mejores cosas a nuestras vidas. La historia que leerán a continuación es parte de mi infancia, quise compartirla pues creo que es posible realizar todo lo que soñamos. Siempre debemos tener fortaleza para ser felices aún en medio de la pobreza y las dificultades.

Todos los seres tienen grandes historias para contar. En medio de la sencillez del día a día encontramos grandes héroes que se sobrepone a las tristezas y a las dificultades.

Si lo deseamos, todos podemos ser el héroe de nuestra propia historia.

**Séptimo grado. Gimnasio Inglés.
Sede A. Bogotá.**

Un racimo con suerte

MARCO JULIO GROSSO ROMERO

Mi mamá se casó muy joven. Mi papá le llevaba veinte años y tenía cuatro hijos cuando se casaron. Él mandaba en la casa y un día le dijo a mi mamá que ya no quería tener más hijos, que con los que él tenía era suficiente. En ese momento empezó una batalla entre ellos y yo en el medio, sin nacer, esperando a que algún día el permiso me llegara. Mi tiempo de espera fue largo, casi trece años, en los que mi mamá utilizó todos los medios que podía inventarse para tratar de convencer a mi papá. Pero él no era fácil de convencer. Mi mamá recurría a llantos, ruegos, oraciones y yo mientras tanto seguía haciendo fuerza para que lograra convencerlo. Un día mi papá se levantó y le dijo a mi mamá que había tenido un sueño, que la veía a ella con una barriga muy grande. Ella se rió y en ese momento supe que ya había conseguido mi permiso. Por fin después de tantos años en los que pude ver a mi mamá unas veces llorando, otras rezando, sentí que había ganado mi primera batalla y que si había sido tan difícil llegar a este mundo iba a tratar de disfrutarlo. Llegó el día tan esperado. Mi mamá nerviosa no entendía porque yo lloraba tanto. Parece que tantos años de espera me hicieron nacer con mucha hambre. Mi papá desespe-

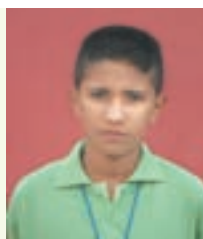
rado le decía que me diera más tetero, que yo era un niño muy grande, que mi estómago estaba muy vacío y muchas cosas más tratando de calmarme. Entre tantas preocupaciones empezaron a acariciarme la cabeza, las manos y los pies. Y fue en ese momento cuando empezó la gritería, que el niño tiene dos deditos de los pies pegados, que si eso será muy grave, que porqué nació con eso tan raro, que nadie en la familia tiene lo mismo. Yo ya me sentía como un pescado y pensé que tenía algo muy raro. Mi mamá llamó enseguida a un médico y le preguntó que si me los despegaba. El doctor le dijo riendo que no era necesario, que yo no iba a estar en un concurso de belleza y que hasta de pronto iba a poder nadar muy rápido. Mi papá que nació en el campo, lo tomó con buen humor y me dijo que yo era muy afortunado, pues donde él nació decían que era de buena suerte cuando en un racimo de plátanos, dos plátanos salían pegados. Les llamaban “pachas” y traían buena suerte para su dueño y para su casa. Desde ese momento me convertí sin darme cuenta en el niño de la buena suerte, el niño de las “pachas”. A medida que pasaba el tiempo mis “pachas” me gustaban más y para nada me molestaban. Corría, saltaba y jugaba fútbol. Crecía más rápido que mis amigos. Y un día que ya no recuerdo mis papás se separaron y después nos cambiamos muchas veces de casa. En uno de esos trasteos le pregunté a mi mamá qué era lo que guardaba en un baúl viejo y oxidado que llevó con ella. Me dijo que eso no era importante para mí y que por favor no lo abriera. Apenas escuché esas palabras, se despertó en mí la curiosidad más grande y no veía el momento de poder abrirlo, meter mis manos y mis ojos allá adentro y ver qué era lo que mi mamá tanto atesoraba. Un día al llegar del colegio, aproveché que mi mamá no se encontraba y sin pensarlo dos veces fui hasta el baúl, lo abrí y metí mis manos a ver qué cosas raras encontraba. Todo

estaba muy empolvado. Salía un olor que no me gustaba, como a cosas viejas y guardadas. Iba a cerrarlo enseguida, pero tropecé con algo que estaba enrollado. Lo abrí y vinieron a mi mente los recuerdos, era el viejo cuadro que le habían regalado a mi mamá hacía varios años. Siempre estuvo en su cuarto y cuando yo nací, de un momento a otro no volví a verlo, creí que se había perdido porque nunca supe donde lo guardaban. El cuadro era el retrato de un pequeño y mi mamá siempre lo miraba. Yo no había nacido, pero recordé verla sentada en la cama, mirando el cuadro y pidiéndole a Dios que por favor algún día le regalara un niño así. Empecé a detallar el cuadro muy despacio, fui bajando poco a poco los ojos y noté que el niño estaba descalzo. Y de pronto, descubrí una verdad muy grande, me di cuenta que sí era posible hacer realidad un sueño, que mi mamá después de tanto pedir y esperar lo había logrado. Los deditos del pequeño eran iguales a los míos, y aunque era difícil creerlo, ese niño de la foto tenía mis “pachas”. Lo miré con cuidado y entendí por qué el niño sonreía. Mi mamá de tanto mirarlo lo había liberado. Ahora era un niño como cualquier otro, iba al colegio, jugaba fútbol y corría por el pasto. Un niño feliz, con sus “pachas” siempre escondidas en mis zapatos. ■





El sueño de una ollita llamada Yoyo



RAÚL ANDRÉS VERGARA ARIAS
BOLÍVAR

Nací el 20 de enero 1997. En la época que yo era un bebé había mucha violencia en mi pueblo. Fue una época muy difícil y aunque mi madre no lo sabe yo me acuerdo del miedo que sentía cuando las botas pasaban por casa de mi abuela Mariela. A los 7 años tenía que encender un foco de baterías para poder dormir pues todos los días había muertos.

Quiero seguir adelante. Mis padres, como la olla de mi cuento, luchan día a día para seguir adelante. Mi abuela ha sido nuestro apoyo

incondicional.

En El Carmen de Bolívar no hay apoyo para escritores como yo, pero cuando sea un escritor famoso voy ayudar a fomentar la cultura para jóvenes. Sin embargo, en nuestra escuela hay concursos de literatura en los que he participado y cuando no gano de todos modos sigo adelante porque me gusta insistir hasta lograr lo que quiero.

Séptimo grado. Instituto Técnico Industrial Juan Federico Holmat. El Carmen de Bolívar.

El sueño de una ollita llamada Yoyo

RAÚL ANDRÉS VERGARA ARIAS

Si no me hubiese marchado de aquella cocina lujosa y resplandeciente mi vida sería otra, pero quién se va a conformar con ser regalada a la esquina desconocida, al sótano de esa gran alacena. En Ollaidux, la gran cocina-ciudad en la que nací, todo fue alegría y felicidad, mi padre el señor Sartén y mi madre la señora Caldero eran los utensilios de cocina más orgullosos de la ciudad, yo era una olla perfecta, con grandes orejas doradas y un profundo cuerpo plateado. Mi utilidad era alabada por quienes me usaban, y los alimentos perfectamente cocidos eran prueba de mi capacidad laboral.

El tiempo pasaba y mi padre murió, el diagnóstico de la autopsia: caída desde una gran altura. Su cuerpo quedó apachurrado. Desde entonces acompañé a mi madre a visitar todos los días el cadáver de papá en la chatarrería: “la morgue del acero y el aluminio”. Quien creería que mamá terminaría ahí luego de una mala cirugía de fundición que en lugar de dejarla bella y reluciente acabó con su vida cuando fue puesta sobre la lumbre para preparar un rico sancocho de mondongo.

Inicié mi vida la noche menos esperada, mis amigas las ollas grandes me ayudaron a escalar la pared, ya afuera de aquel horrible lugar emprendí la fuga rápidamente... “Oíste Yoyo, se está convocando a las ollas, calderos, sartenes con aptitudes para el canto, el baile y la actuación, el ganador grabará un disco dedicado a la esperanza y el amor”.

—Sí, esta es mi oportunidad, no la desaprovecharé, ¿dónde es la presentación?

—En la Avenida Cuchara de palo con calle de la Totuma.

—Perfecto, yo se donde está ubicado “el jardín de tus sueños”.

—Oye, eso es hasta la próxima semana.

—No importa, sígueme contando la historia de tu vida, a propósito dime: ¿cómo fue que terminaste en la calle?

—Eso es duro, no quiero recordar. Yo llegué a esta ciudad con mi gran maleta, una caja de fósforos adornada con finos encajes y cintas de seda, el recuerdo más bello que me dejó mi madre, con la ilusión de forjarme un futuro diferente y así fue: encontré trabajo en la boutique “La belleza cuesta”. Era una vendedora dedicada; a mi nuevas amigas cucharas de acero inoxidable les vendía cremas para brillar; a mis amigos sartenes, carbones a pruebas de manchas contra la piel; a mis amigos cuchillos, aceites a base de papa para conservar brillo y lozanía; todo era perfecto hasta que no hubo dinero para sufragar gastos. Desconsolada, fui a pedir ayuda al señor Olla de Presión, el dueño del ollobar más famoso de esta ciudad, los Estados Juntos de Ollunidos. Él era el prospecto más hermoso que jamás había visto, su hondo cuerpo era elegante, su mango plateado era el atractivo que más resaltaba su virilidad, lástima que su soberbia y egoísmo no le permitieran ser el partido perfecto. Mejor dicho, mujer, era un ángel bajado del cielo, ¿no es así?

–No molestes, mi querida *cancerola*.

–Yoyo, no me recuerdes que el cáncer *oxidadoso* me mata lentamente.

–Lo lamento, amiga. Te sigo contando...

Hace un mes que mi amiga es la sensación del lugar, el ollobar “Dale un latigazo” ya no tiene que sufrir los insultos de Doña Tostadora.

–Cace, ¿me escuchas?

–Sí, continúa.

–Me has dejado hablando sola, como...

–¿Quién sigue?

–Yo, mi nombre es Yoyo Dorada y canté la canción “Esperanza, hija de la dignidad”.

–Ha sido magnífico –dijo don Tenedor Delgado–, usted es la ganadora. Pero, al llegar a casa, me esperaba don Cuchillo Eléctrico, quien amenazaba con torturarme con enormes descargas eléctricas, él, que fue uno de mis asiduos clientes, se encontraba en la ruina y amenazaba con sacarme de mi *apartacaja*, un lugar en el que he sobrevivido después que don Olla de Presión me lanzó como perro a la calle. Para mí era muy duro creer que soportaría noches de frío, días de hambre y sobretodo exponerme a contraer *oxidotosina*, y quedar como la más fea de los domésticos utensilios. Por suerte logré salir de esta situación. Cuando llegó el día de partir mis compañeras, unas ollas gaminas, me lanzaron crema oxidante, todavía conservo algunas manchas en mi delicada cintura redonda. Así, toda fea y maltratada llegué a casa de doña Tostadora de gas, una mujer siniestra que me hacía estar sentada sobre el fuego preparando manjares que no gustaban a los comensales. Cansada de ser golpeada y sufrir los abusos de mi ama humana, renuncié. Desesperada llegué a vender mi profun-

da cavidad para que se cocinaran las pastas “medicinales” que te llevan a una sensación de éxtasis y efervescencia. Humillada por la vida, intenté suicidarme, hasta que me salvaste. Fue gracias a tí que gané el concurso de canto; tus palabras y consejos me reconfortaron. He aprendido que utensilios como don Olla de Presión o don Cuchillo Eléctrico pueden tener una hermosa apariencia pero una belleza interior que los hace menos sensibles a los sentimientos, pensamientos y acciones de otras personas.

—Sí, ahora con tu dinero ayudas a utensilios con estado de oxidación ligera no aquellos como yo, Cacerola de Aluminio, quienes tenemos que resignarnos a morir y ser llevados con resignación a la morgue. ■



CATEGORÍA

SANTANDER

LAURA LUCÍA MORENO ÁLVAREZ
La danza de las letras

103

MANIZALES

JENNY PAOLA MARÍN
SALAZAR
Celda 105

97



CALI

JUAN FELIPE MANJARRÉS MUR
Ignominia

85

PASTO

MARIO ALEJANDRO ENRÍQUEZ PONCE
Por la chimenea

91

ESTUDIANTES HASTA ONCE GRADO

CAUCA

NELSY ANDREA
FERNÁNDEZ PACHECO

El desconocido del
cañaduzal

115

BOGOTÁ

NICOLÁS ALVARADO OREJARENA

En la penumbra

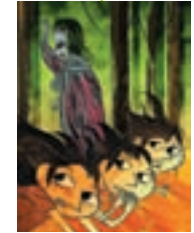
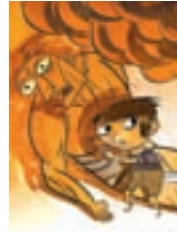
119

VALLE

YENNY MARCELA MARTÍNEZ
DÁVALOS

La dientona

137



CALI

LINA ALEJANDRA URIBE
HENAO

Un llanto silencioso
en la espesura del Amazonas

109

SUCRE

MARÍA DANIELA
ROMERO LÓPEZ

Un sueño espacial

131

HUILA

CENUVER GIRALDO PINTO

El gorro de mi abuela

125



Ignominia



JUAN FELIPE MANJARRÉS MUR
CALI

Nací en Cali. Desde pequeño me gustó escuchar las viejas historias de mis abuelos, irrumpir en sus conversaciones para obtener más datos y nombres e imaginar a hurtadillas cómo ocurrían las cosas que contaban. Desde muy pequeño mi madre nos leía cuentos a mi hermano y a mí, antes de dormir. De ese modo empecé a amar los cuentos, la ciencia ficción me capturó y dejé volar mi imaginación. Al final dejé de contentarme sólo con leer y oír historias y empecé a crear las mías. Al principio no eran más que copias de los cuentos que

me gustaban con pequeños cambios, pero pronto comencé a descubrir mis propias ideas. Así comenzó mi amor por la escritura. Escribí este cuento sobre el campo y sobre la guerra, porque en el campo encontré mis lugares favoritos; en la finca de mi abuelo me gustaba subir montañas, trepar en los árboles y ver más allá e imaginar todo lo que no conocía. Y sobre la guerra, porque aunque jamás la he vivido puedo ver a mi alrededor sus consecuencias.

**Décimo grado. Colegio
Lacordaire. Cali.**

Ignominia

JUAN FELIPE MANJARRÉS MUR

Me muevo suavemente en la cama para no despertar a mi hermano que duerme al lado mío, apenas tiene tres años y si se despierta se pone a llorar. Me cambio y entro rápidamente a la cocina. Mi mamá ya tiene preparado y empacado el desayuno. “Muévase que su papá lo está esperando”. Si no lo hago me mata. Afuera hace un frío terrible pero no puedo quejarme, estoy acostumbrado. Todos los días me levanto a esta hora y me pongo a trabajar en el sembrado, pero hoy no. Hoy vamos al pueblo por víveres. Mi papá ha estado evitándolo durante todo el mes pero ya no hay más opción, tenemos que ir, no hay nada para comer en casa. Hemos tenido una mala temporada. Mi papá tiene ya preparados los caballos y me observa con el ceño fruncido, lo mejor es no saludarlo. Me pasa el caballo y me indica que me mueva. El pueblo queda muy lejos, a cinco horas a caballo. No vamos por el camino, preferimos ir por el monte, es un sendero que se aprendió mi papá pero es peligroso porque está al lado de un precipicio. Aún así es más seguro que la vía principal en donde de un momento a otro puede comenzar una balacera. No podemos hablar, hay que estar atentos a cualquier movimiento o ruido y prepararse para escapar.

“Apúrense, ya casi llegamos”, dice suavemente mi papá. Acelero el ritmo del caballo.

Tengo que encargarme de ayudar a mi papá. Soy el único que sabe leer, aunque mi papá sabe cuánto vale cada billete él nunca fue a la escuela. Yo llegué a cuarto y tuve que salirme de la escuela porque tenía que ayudar a mi papá en la casa para poder alimentar a mi familia. Ya podemos ver el pueblo a la distancia. Desde acá se distingue la plaza, es inmensa y llena de árboles, siempre se oyen las voces de la gente a lo lejos. Las casas del pueblo son muy viejas, al menos eso me dice mi papá. Son grandes, tienen chimeneas y unos pequeños balcones de madera pero todas son viejas. Mi papá se detiene y mira al frente. “¿Pasa algo, papá?”, le pregunto. “El pueblo está muy callado, ¿no mijo?”, responde con miedo en la voz. “Vamos a ver qué ha pasado. Deje los caballos aquí, mijo”. “Pero nos toca caminar hasta allá”. Me mira nuevamente con la frente fruncida. “Ya los amarro, papá”. Bajamos. Frente a nosotros está el pueblo anclado en una montaña donde están todas las casas en una pendiente. Incluso la plaza no es completamente plana. Ya estamos llegando. No hay nadie, no se ve gente en las calles y las casas están todas con las puertas abiertas. “Mijo, pásame la escopeta que trajimos y coja usted el revólver, no haga ruido”. Obedezco.

Me estoy asustando no solo porque no hay gente sino por la expresión que tiene mi papá en el rostro. Nos empezamos a mover, buscamos gente. Nos acercamos lentamente a la plaza y entramos en ella. Se oyen unos pasos, me tiro al suelo detrás de un árbol y mi papá al lado mío hace lo mismo. Hay gente en la plaza y algunas personas están sentadas en el suelo. Hay otras que visten traje militar, están agrupando a la gente en un solo sitio y parecen estar contándolas. Papá me indica que nos movamos, tenemos que irnos, si

seguimos aquí nos podrían ver. De repente, el silencio se rompe, mi papá se detiene. Una persona ha empezado a gritar, a pesar de la distancia puedo entender casi claramente lo que dice: grita piedad, que no lo maten, que les dará dinero y hace una cantidad de ofertas para poder sobrevivir; aunque en el fondo él debe saber al igual que yo que no sobrevivirán, que probablemente todos van a morir. Otros han empezado a gritar también, otros guardan silencio y miran al frente. No sé por qué no distingo bien sus ojos pero parecen vacíos como si ya estuviesen muertos. Uno de los hombres de uniforme pide a grandes voces silencio, saca su revólver y dispara al hombre que estaba gritando. Después del disparo todos guardan silencio. El hombre ha caído al piso y alrededor de él se empieza a formar un charco de sangre que sale de su cabeza. No me puedo mover, mis piernas no responden. Veo la cara de mi papá, quiero decirle que nos vayamos pero su rostro es inexpresivo, no creo que se pueda mover tampoco. Vuelvo a observar a los hombres de uniforme. Están hablando, como dando ordenes; otros están tomando a las mujeres y las están violando. Solo dos parecen estar revisando el área. Me ha dado la sensación de que uno me ha visto. No hay nada que temer, estamos bastante lejos, creo. Pero los alaridos de las mujeres llegan hasta acá y no sé cómo pero me están hiriendo. Están destruyéndome, al igual que a mi papá que ha empezado a llorar. Toca mi rostro y se da cuenta que yo también estoy llorando. Creo que lo he hecho desde hace rato. Ver tanta crueldad me ha herido muy profundo. Llega otro hombre, tiene unos ojos que dan miedo, ha pasado muy cerca de nosotros, gracias a Dios que no nos vio. Él no viste uniforme pero parece estar de su lado, les dice algo. Uno de ellos da una orden y algunos se empiezan a mover hacia el norte abandonando lentamente la plaza. Y los que se quedan, levantan sus armas, apuntan a la gente y abren fuego.

Cada bala que sale produce un sonido estremecedor, todas a la vez forman una especie de grito atronador que predice la muerte. Me estremece la caída de los cuerpos, los veo en cámara lenta, cada persona se va desgajando con lágrimas en los ojos y dejando en el ambiente esos estertores propios de la muerte. Estoy mareado, no soporto esto, pero no puedo hacer nada ante tanta barbarie. Los asesinos se van. No se cuánto tiempo llevamos aquí. La sangre ha estado bajando por la pendiente, cayendo lentamente. Mi papá y yo guardamos silencio, no nos podemos mover. Finalmente mi papá reacciona y me da un abrazo, algo realmente raro en él. Me suelta y me indica que salgamos del pueblo. Mi papá se acerca a los cadáveres y se da la bendición, al terminar una oración salimos de la plaza siguiendo una tira de sangre que va cayendo pendiente abajo. Perdemos su rastro cuando nos dirigimos hacia donde dejamos los caballos. En mi cabeza resuenan los gritos de angustia, como si siguiéramos ahí. Ya distantes del pueblo es como si me hubiera quitado un peso de encima, ya no escucho ni presencio el horror. Mi papá se monta en el caballo, yo rompo el silencio para preguntarle: “¿Qué le decimos a mi mamá por lo de los víveres?”. Él calla para dar paso a sus lágrimas. ■





Por la chimenea



MARIO ALEJANDRO ENRÍQUEZ PONCE
PASTO

Hola, amigo lector, este es mi pequeño aporte a la construcción de la literatura colombiana, espero que te guste, pues lo escribí con la esperanza de dejar en ti una semillita de inquietud por escribir, por leer, por imaginar y por vivir.

Mi cuento es algo triste, pero vale la pena entender a partir de una historia triste la grandeza de la vida y de lo que queremos. Sin el ánimo de levantar las cenizas de un pasado oscuro, intento hacerte ver que la humanidad es capaz

de hacer todo por una causa, incluso segar la vida; pero con el apoyo de las pequeñas pero significantes cosas, como el amor por el saber, por la vida y por nuestro parecer, lograremos preservar una sociedad más justa y libre.

Agradezco infinitamente a aquella persona: un héroe cuyo nombre me reservo, porque gracias a él soy alguien capaz de hacer sus sueños realidad. ¡Salvación a él!

Décimo grado. INEM Mariano Ospina Rodríguez. Pasto.

Por la chimenea

MARIO ALEJANDRO ENRÍQUEZ PONCE

Ya había pasado el toque de queda, y el corazón le latía como nunca, oscuro, mojado y con olor a quemado, que le recordaba el olor de la carne asada, ese delicioso plato que no saboreaba desde niño. Claro que en ese momento más le importaba tener éxito en su plan, que los recuerdos de la carne asada.

Una simple luz en medio de tanta podredumbre podría significarle el fracaso y su sentencia ejecutada. Se arrastró sin importarle que su ropa se mojara a causa de la nieve que se fundía con el estiércol de tantos infelices inquilinos; poco a poco fue avanzando, arrastrándose como una peligrosa serpiente, tal como lo habían catalogado.

Eran los segundos más largos de su vida, con esto no conseguiría la libertad afuera, sino la entrada a un mundo tan destruido como su mente y su cuerpo.

Por fin llegó al alambrado de la barraca, recordaba con cierto hastío la herramienta que su compañero de litera le había obsequiado al momento de su muerte: unas cizallas. Se apresuró a cortar el alambre que tenía dientes tan amenazantes como los de un

cocodrilo. Se hirió un poco las manos, pero tal vez la recompensa curaría todas sus heridas.

La sangre tiñó un poco la nieve, ahora había unos puntitos rojos en esta, casi un rojo distinto a esa bandera que ondeaba en la entrada principal.

Cortó la alambrada, cogiendo las cizallas con una sola mano, y siguió su trayectoria. Verificó en qué lugar estaba y se guió por las débiles luces de los faroles que tenían el número de cada bloque, o más bien, de cada infierno.

En seguida se levantó y miró para todos los lados, no había nadie, parecía que su sueño de libertad sería posible. Caminó despacio a pesar de la intranquilidad y los nervios que tenía, agachándose cada vez que llegaba a algún faro para que su sombra no lo delatara. Ya parecía verse la puerta y los muros de sus lados, pasó por el horno crematorio y las cámaras de gas, miró con terror las chimeneas por donde salían todos los olores de la Solución Final.

Por un momento se halló perdido, pero recordó que después de los muros de la reja había una malla que lo conduciría por fin a su destino. Todo estaba en silencio. Mientras caminaba intentó rezar pero no pudo, la lengua se le trababa entre tantos pensamientos. En la débil claridad observó a un guardia en la torre, pero éste no se percató del prófugo en potencia. Siguió avanzando, la malla estaba muy cerca, pero escuchó el ruido mas espantoso que había oído en su vida, el ladrido de un perro, al que le siguió una lucecita amarillenta y un grito espantoso: ¡Halt!, antes de recibir un culatazo que lo dejó inconsciente. Como último pensamiento antes de verse en medio de ese infierno de ancianos, mujeres y niños gritando desesperadamente, recordó la voz de su compañero de litera: “La única salida de este lugar es por la chimenea”.

Al día siguiente, muy temprano, se abrieron las rejas de la entrada principal, llegó un pelotón y de un hermoso auto negro se bajó un oficial llamado por todos *Inspector*. Con gusto leyó el gran letrero de la reja: Auschwitz, percibiendo con aires de grandeza, a lo lejos, el olor a carne asada que salía por la chimenea. ■





Celda 105



JENNY PAOLA MARÍN SALAZAR
MANIZALES

Nací en la ciudad de las puertas abiertas, mi Manizales del alma, el 12 de febrero de 1992. Mis guías, mis padres, a los cuales les debo todo, han sido mi mayor apoyo; mis hermanos, mis fieles confidentes; mis familiares, mi motor, y mis amigos los que siempre me alentaron a seguir. A mis profesores ¡mil gracias!, en especial a Francisco Javier Jaramillo por haberme

impulsado y guiado en el camino de la escritura. A todos estos seres tan importantes en mi vida nunca me cansaré de agradecerles, porque hicieron que este cuento apenas sea el comienzo de un gran camino... porque "el tamaño que tengan nuestros sueños será hasta donde llegaremos".

Once grado. Colegio Leonardo Da Vinci. Manizales.

Celda 105

JENNY PAOLA MARÍN SALAZAR

Aquí estoy en la celda número 105 de la cárcel Modelo de Bogotá, entre cuatro paredes, rodeado de desdicha y componiendo una y otra canción a la luz de este farol para “mi viejo” que durante toda su vida soñó ser parte de un mundo que yo conocí para cumplir su voluntad. Recuerdo aquellos momentos cuando estando postrado en su cama, testigo de su agonía en medio de esa enfermedad que le carcome el cuerpo, me pedía con el más profundo sentimiento y con su dulce susurro de voz que le cumpliera su último deseo... la ilusión de verme –a pesar de nuestra lamentable situación de pobreza–, convertido en el héroe que él había querido ser, vistiendo con el mayor de los honores el uniforme militar. Ese uniforme anhelado por muchos, desdichado para otros, y por qué no decirlo, también para mí, pues hasta entonces mi pasión era totalmente diferente. Mis anhelos estaban puestos en que mis notas musicales pudieran recorrer el mundo y hacer vibrar los corazones de muchos. Quería componerle canciones a la vida, al amor y a la verdadera lucha... la lucha por la felicidad. Incluso cuando ingresé a la milicia pensaba que mis acordes, mis melodías, podían llenar las vidas de aquellos que me acompañaron durante esa amarga

pesadilla en la que mi verdugo, el Capitán Zapata, hizo que mi fantasía se derrumbara en mil pedazos.

En el batallón fui víctima de incontables humillaciones, maltratos y violaciones de mis derechos y de mi propia dignidad. Tuve que soportar por mucho tiempo la actitud de un jefe autoritario, prepotente y déspota, que en lugar de un ejemplo a seguir se convirtió en mi peor enemigo. ¿Y todo por qué? Porque era un tirano que me discriminaba sólo por mi condición de pobreza. Su trato no era el mejor, me despertaba más temprano de lo establecido y con su aguda voz me gritaba: “Soldado Martínez, arriba”, cuando la aurora mañanera apenas asomaba en el horizonte. Mientras los demás disfrutaban su bonito sueño yo tenía que hacer doscientos de pecho y darle cinco vueltas al batallón y eso con frecuencia sucedía sólo por haber omitido una acción, mientras él se burlaba y me golpeaba con su macana si no actuaba como él ordenaba. Él se divertía mucho con mi desgracia, pero yo no era culpable de estar en estas condiciones. No nací en cuna de oro pero tengo un corazón que vale más que todos los lujos que él poseía. Me amenazaba con que si no hacía lo que él me pedía, me quitaría la licencia de fin de mes y me quedaría sin ver a mis seres queridos por un buen rato. Pero no... yo tenía que ver a mi padre, el autor intelectual de este sufrimiento, porque por él estoy dispuesto a hacer hasta lo imposible.

Como de costumbre yo era un conejillo de indias, un trapo, el objeto que el Capitán Zapata manejaba a su placer, pero ¿yo qué podía hacer? Me sería imperdonable no cumplirle a mi viejo y peor aún sabiendo que el cáncer día tras día lo iba consumiendo. Me motivaba saber que tal vez, con un sueldo que no iba a ser el mejor —porque estoy seguro que el Capitán no me pagaría lo que corresponde—, podía comprarle sus costosas medicinas y pagarle el tra-

tamiento que tanto necesitaba. Daría lo que fuera por verlo sonreír tan solo por un momento y saber que en verdad para él, aunque no lo fuera para los demás, era su héroe, su amado hijo, del que estaba orgulloso y el que estaba cumpliendo su sueño frustrado.

Mi madre, mi amada madre esperaría por mí con el más profundo sentimiento, con la ilusión de que algún día con mi propio esfuerzo pudiera sacarlos de la miseria, de ese rancho en el que pasamos tanto sufrimiento y en el que había días en los que no teníamos ni una *aguadepanela* como alimento. Por eso estaba en el batallón, ese era mi motor, lo que me impulsaba a seguir y a soportar tanta amargura. Al fin y al cabo nada es para siempre y todo debía terminar algún día.

En una de esas pocas veces en que por fin tuve licencia, fui a casa de mis padres. A la entrada estaba mi hermosa madre con sus ojos brillantes de emoción a través de los cuales podía ver el amor tan grande que me tenía. La mayor sorpresa la experimenté cuando recibí un detalle aparentemente sencillo pero muy valioso para mí: un radio. Mi madre lo consiguió con su propio sudor y con el esfuerzo diario de su humilde labor. La abracé fuertemente y con su dulce voz me dijo: “Sé fuerte, hijo, yo sé la amargura que pasas, pero esto hace feliz a tu padre, siempre recuerda que aquí te estaremos esperando con los brazos abiertos”. Por mi mente, jamás pasó que este detalle tan bello iba a ser la causa de mi mayor desgracia.

Regresé al batallón con regocijo y esperanza. Ya en el cuartel estaba de guardia y decidí escuchar música. Encendí mi radio, pero mi dicha duró muy poco. Fui sorprendido por el capitán Zapata quien como de costumbre se llenó de rabia hacia mí sin motivo alguno, tomó mi radio y lo destrozó en mil pedazos. Mi corazón no aguantó más, era demasiado para mí, mi indignación era tal

que reaccioné violentamente y en ese momento de locura cargué mi fusil y le disparé varias veces sin piedad a quien fue mi pesadilla durante el tiempo que estuve como recluta en el batallón, segando su vida. Y así fue, gané la batalla pero no la guerra, y tampoco la ganaré porque hoy el dolor que siente mi padre y mi familia es insuperable para todos. Sólo pido a Dios y a mis padres que me perdonen porque cometí un error, pero lo hice tratando de salvar mi dignidad y mi reputación. Ahora estoy pagando el precio de mi error, no me arrepiento por el acto cometido, sino porque ahora mi padre no va a disfrutar la dicha de tener a un héroe como hijo; ahora lo único que tiene es a un asesino. ■





La danza de las letras



LAURA LUCÍA MORENO ÁLVAREZ SANTANDER

Llegué sin cigüeña, una tarde de frío intenso en el mes de octubre. Nací en un hogar de una sencillez superior, como una revolución, como un poema.

Desde que los primeros rayos de sol iluminaron mi rostro sabía que yo iba a ser diferente.

Crecí entre estantes atiborrados de literatura. Soy soñadora, siempre me he destacado por plasmar mis pensamientos sobre papel.

Mis papás me inculcaron justicia, sueños, amor. Sí, a ellos más que a nadie les agradezco por la innumerable cantidad de libros que hay en mi casa: Marx con su barba de juglar, Rimbaud que eclipsaba a

mi papá con su barco ebrio, Fernando González caminante por las cordilleras en busca de su niñez, *Zaratustra*, *Las mil y una noche*, *El Principito*, libro que jamás me cansaré de leer... A mi mamá por su capacidad de ver un paisaje lleno de girasoles en el campo negro y cruel de esta realidad, por todas aquellas pequeñas cosas que me hacen volar sobre un caballito de mar, por creer ciegamente que la poesía salvará al mundo de la hecatombe.

**Noveno grado. Normal
Superior de Bucaramanga.
Floridablanca, Santander.**

La danza de las letras

LAURA LUCÍA MORENO ÁLVAREZ

El bosque imaginario donde la lluvia son pequeñas perlas que resbalan de árboles gigantes con el corazón afuera latiendo a un ritmo casi místico. Las hojas en su danza oriental cayendo a un césped de hojarasca de caracoles... Los pájaros habladores llenando de ecos este cuadro surreal donde los frutos de los gigantes árboles del bosque son peces de muchos colores que nadan en el aire tibio de una selva húmeda en el trópico de arco iris derretido. Los pensamientos vuelan sobre las flores como pedacitos de algodón, como si remedaran las flores del diente de león. Los cuadernos y sus hojas rayadas de crayolas moviéndose en la copa de las palmeras que dejan caer sus letras que caminan por su tronco en una danza alfabética de otro mundo.

Desde abajo se ve la R resbalando como si bajara en patineta y la C cae en paracaídas a cielo abierto.

La I muy tímida bajando a paso lento para que su puntito no se le caiga y la O dando vueltas como una rueda que se sale de su órbita.

La P a pasos agigantados alcanza el suelo al mismo tiempo que la K cuando *Kae* y la S como serpiente en un paraíso de letras

lleva la M en su boca como manzana prohibida. Luego la N como niño en brazos protegida por su P de papá intenso que no quiere que resbale, que no quiere que tropiece con la T que tararea su canción:

Todas las letras caen
Todas menos la A
Donde estará la niña
Donde estará la A...

La B como búho con su aire intelectual insiste en demostrarle a todas la velocidad con que caen con la fórmula de letras $V=E/T$, pero olvida el aire y resbala.

La G con su grito tarzanesco se baja de liana en liana hasta el fondo de un paisaje de sueños en la selva llena de pensamientos y peces voladores.

La H sin decir nada, sin quejarse, le da paso a todas y baja casi sin notarse.

La J encima de un caballito de mar desciende dejando una polvareda de palabras a su paso.

La E de estación en estación enciende la emoción de todas por encontrar la raíz del árbol.

La Q quiere sorprender con sus alas y viene con la V sobre su cabeza volando por encima de las hojas, con la V de la victoria a grandes aletazos.

La Ll solo puede ser lluvia o lluvioso y llora gotitas de sueño sobre la nada.

La T sigue con su tarareo bajando tramo a tramo:
Donde estará la A
Si la ves tú lo dirás
Si la miras la notarás
Dime: ¿dónde estará la A?

La F feliz finge un fuego artificial y en chispitas de colores flama fuerza cuando llega. Pero la Ñ necesita un niño para no sentirse sola y precisa un año para asomarse siquiera a la mitad del árbol sin engaño.

Como una araña baja silenciosa la W, quizá nadie la entienda y la tilden de extranjera y por ser poco compañera le ha tocado bajar sola.

Viene bajando un zumbido, es la Z que se ha metido en zapatito de hada zigzagueando un recuerdo tierno hasta el suelo.

La X viene en pregón con su xilófono de caña anunciando a las letras que viene bajando la A.

¡La A!, gritan todas en la ronda desde el suelo, mirando siempre hacia el cielo ven como la A se desprende... Es el amor con alas que viene abrazándolo todo.

Que empiece la ronda:

Sólo faltaba la A

Para empezar esta fiesta

Y de la mano de las letras

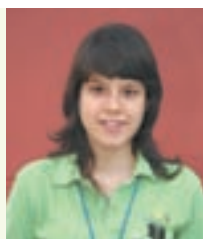
Van danzando al infinito

Así se completa un todo que en parte es la danza del sueño, van navegando las letras creando palabras nuevas, en ese paisaje de ensueño del mundo de los poetas. ■





Un llanto silencioso en la espesura del Amazonas



LINA ALEJANDRA URIBE HENAO
CALI

Nací el 17 de noviembre de 1992 en la ciudad de la salsa, mi Cali bella. Siempre me ha gustado escribir, considero que plasmar pensamientos y sentimientos ayuda a purificar el alma. Soy muy sensible ante el sufrimiento de los seres humanos, no sueño con la paz pero si por lo menos con un poco más de tolerancia; por eso escribí este cuento que incluso ha tocado mi corazón. Me encanta la lectura, el conocimiento es infinito

y sólo por medio de ésta se puede continuar con el ciclo de aprendizaje.

El colegio San Alberto Magno fue mi fuente de conocimiento durante 11 años; el profesor Gonzalo Orozco despertó en mí el interés por la lectura y escritura, sin él este cuento no tendría fundamento.

Décimo grado. Colegio San Alberto Magno. Cali.

Un llanto silencioso en la espesura del Amazonas

LINA ALEJANDRA URIBE HENAO

El alba se acercaba. El canto de los gallos despertó a María Adela, una joven de 17 años para quien el mundo había dejado de sonreír y le mostraba una de sus más oscuras caras. Contempló su destartalado reloj y notó que apenas eran las tres y media de la madrugada, una hora demasiado temprana para interrumpir su sueño... y el de su bebé, si es que ya podía atreverse a llamarlo así pues sólo tenía unas semanas de gestación. Se levantó cautelosamente, haciendo el menor ruido posible para no despertar a sus compañeros y se dirigió al rancho que servía de cocina en busca de un vaso con agua y se dirigió al rancho que servía de cocina en busca de un vaso con agua. Llevaba pocos meses compartiendo con ellos, pero le parecía haber estado ya mucho tiempo en aquel infierno. Pasó al patio de la guarida, porque de casa no tenía mucho, y observó el cielo, un techo lleno de hermosas estrellas. Por un momento envidió al viento que tenía la libertad de volar por donde quisiera. Cerró sus ojos para respirar el aroma a naturaleza que le producía al mismo tiempo una sensación terrorífica y un recuerdo amable. Recordó su infancia, aquella humilde casa que la había acogido hasta hacía poco, aquella mujer que había pasado noches en vela

cuidando de su bienestar y el de sus hermanos, aquel hombre llamado padre que había partido un día para nunca regresar y todo lo que en ese momento anhelaba y extrañaba intensamente.

Pensó en escapar de ese horrible sitio, pero recordó cuántas veces había alimentado este pensamiento vanamente y al final la idea de su debilidad de mujer la había poseído, internándola cada vez más en el corazón de aquella inmensa selva. Inmediatamente el ideal por el cual se encontraba allí reapareció en su mente; recordó aquel día en que aquellos inhumanos guerrilleros irrumpieron en la paz de su hogar para llevarse a Juan Diego, su hermanito de 12 años; recordó también la estúpida idea, porque no fue para nada inteligente, de partir al día siguiente hacia esa espesa selva que quizás escondía al pequeño, para ir en su rescate. Lamentó no haber luchado a muerte cuando se encontró con los hombres armados que la capturaron y llevaron a su campamento.

De repente escuchó de nuevo el canto del gallo que la sacó del trance en el que había estado durante esos minutos. Se tocó el vientre intentando sentir a su hijo, la única razón que tenía para seguir luchando en ese mortífero lugar.

El sol dejaba ver sus primeros destellos, parecía inverosímil que hubiera gastado el poco tiempo que tenía para descansar en recuerdos que destrozaban más y más su corazón. Sus compañeros empezaron a despertarse. Cuando Adela entró del patio chocó con Emilio, un despreciable hombre que se había aprovechado de su inocencia y ahora era el padre de su hijo. Sus intestinos se retorcían cada vez que veía esa horrible sonrisa mueca. Aceleró el paso, se dirigió al camastro en el que dormía y lo organizó lo mejor posible. Enjuagó su cara y vistió su traje de batalla; se aseguró una vez más de que su vientre no se notara, no quería que la mataran habiendo estado tan poco tiempo con su hijo. No lamentaba haber pisoteado

la regla que le habían impuesto de no quedar en embarazo, igual ya era demasiado tarde.

Hacía frío aunque el sol estaba presente. Las mujeres del campamento debían marchar a conseguir comida. María cogió sus cosas y emprendió su camino. Esto hacía parte de su rutina, pero ese día se sentía diferente. Sentía que algo se estaba confabulando a su favor y era la ocasión de jugarse el todo por el todo. Tal vez Dios se estaba apiadando de ella, o más bien de su hijo.

El mismo bosque espeso y agreste era testigo de que ella no estaba allí por voluntad propia. Nunca había albergado en los ideales de su vida formar parte de un grupo sedicioso, ni dispararles a unos soldados que respaldaban una seguridad democrática de un gobierno corrupto ni nada por el estilo.

Pensó en lo que había deseado al amanecer, la libertad del viento. Había una energía camuflada en su interior que la animaba a huir. Lo meditó durante varias horas. Tenía miedo de lo que pudiera acontecer pero a la vez estaba ansiosa por intentarlo. Imaginaba la sonrisa de su madre, un abrazo de sus hermanos y todo aquello que la impulsaba a escapar. Recordó a Juan Diego, pero no podía hacer nada por él. Ni siquiera sabía dónde se encontraba. Las ansias de libertad volvieron a poseerla. Planeó todo: la noche siguiente abandonaría ese lugar y se dirigiría a donde su corazón le indicara, a donde el Todopoderoso la quisiera llevar. Apretó fuerte su rosario y se encomendó a su Dios. Eran las seis de la tarde.

Había sido un día aparentemente tranquilo. Cerca de la una de la mañana partiría cautelosamente. Había estado muy distraída todo el día. El momento se avecinaba. María Adela estaba muy nerviosa. Una sensación de frío recorría todo su cuerpo y al llegar a su cabeza se convertía en ilusión. Después de un gran trabajo logró cruzar el umbral. Sintió una emoción inmensa, ya estaba fuera de la casucha;

ahora sólo le restaba dirigirse a un lugar indefinido que pudiera protegerla del peligro del monte, de los animales y sobre todo de los uniformados que cuidaban el campamento aquella noche.

Llevaba pocas horas en su marcha y sentía que había caminado por días; estaba muy cansada. De repente sintió que la observaban, el sudor rodaba por su cara aunque la noche helaba; decidió no mirar hacia atrás, no regresaría jamás.

Su corazón le dijo que era el momento oportuno de correr y lo hizo tan rápido como nunca lo había imaginado, porque ya escuchaba los pasos de los guardianes que venían tras ella.

Corrió y corrió. Había andado tanto que su cuerpo le suplicaba que se detuviera, pero su interior la animaba a seguir. De pronto escuchó algo que sus oídos nunca hubieran querido oír, las únicas dos palabras que arruinarían todo su plan: “Alto ahí”. Sintió ganas de llorar pero no dejó de correr; avanzó un poco. Una vez más se dio cuenta que todo esto sería en vano, que la vida era injusta porque ni siquiera se había apiadado de esa criaturita que aguardaba en su vientre. Un grito se escuchó por toda la selva. Una ráfaga de balas atravesó su cuerpo con la misma libertad que tenía el viento para revolverle los cabellos. Muchas cosas pasaron por su cabeza en aquel momento: su hijo, su hermanito, toda su familia. Sintió como su sangre hervía y la hacía caer rendida ante la naturaleza. Dio gracias a Dios por haberle permitido llegar hasta ahí y sintió como su alma y la de su bebé volaban libres cual pájaro en el hermoso cielo. ■



El desconocido del cañaduzal



NELSY ANDREA FERNÁNDEZ PACHECO
CAUCA

Nací el 18 de diciembre de 1994 en Siloé, Timbío, Cauca. Mi sueño se hizo realidad cuando me llamaron a comunicarme que era una de las ganadoras del Concurso Nacional de Cuento RCN y Ministerio de Educación. Mi deseo más ferviente es

continuar escribiendo para llegar a ser una escritora y conocer el mundo entero.

Octavo grado. Colegio Agropecuario Los Robles. Timbío, Cauca.

El desconocido del cañaduzal

NELSY ANDREA FERNÁNDEZ PACHECO

Don Justo López, hombre trabajador de la vereda Los Robles, estaba trabajando en un cañaduzal cuando de pronto sintió un vientecito leve y que le rozaba la nuca y lo espeluznaba, pero no le prestó mucha atención hasta cuando sintió ruidos como si estuvieran cortando caña. Volvió su cabeza y por encima de su hombro derecho apareció la figura de un hombre de color negro y muy robusto que iba tumbando la caña con un gran garabato.

Don Justo sintió que la tierra se abría a sus pies y quiso correr pero su cuerpo estaba adormecido, quiso pedir auxilio, pero su grito se ahogó en la garganta. Entonces se dejó caer a un lado de la trocha que iba abriendo el desconocido del cañaduzal, quedando con su machete y su cuchillo en forma de cruz. Esto lo vino a descubrir a las siete de la mañana cuando despertó de su desmayo. Don Justo no le contó a nadie su experiencia, aunque todo el día pasó temblando de miedo al recordar el incidente.

Cuando cayó la noche sobre el campo y todo quedó profundamente negro y silencioso, don Justo sintió que en el borde de su cama se sentaba alguien. Sudaba y temblaba por la impotencia de no tener a quien llamar, o girar en la cama, o por la imposibilidad

de distinguir algo en la negra noche. Su mente estaba despejada y en lo profundo de su corazón sabía que en la pieza de su choza así como a ochocientos metros a la redonda no existía ser humano alguno. Por eso estaba seguro de que era sólo su intelecto el que lo llevaba a discurrir los más tenebrosos pensamientos y a proyectarlos en el desconocido del cañaduzal.

Don Justo convivió con su espanto durante algunas semanas, pero una noche sintió el garabato sobre su cuello y que su parte más angosta se cerraba sobre su garganta. No aguantó más y salió corriendo sin parar hasta dar con la casa de un amigo de labranza y le contó la historia.

Su amigo, que había escuchado seguramente muchas leyendas, le aconsejó diciendo:

—Debe ser la muerte que anda por estos lados y usted no debe asustarse porque es muy fácil deshacerse de ella. No le tenga miedo. Vaya a su casa y afile bien el machete, aliste una buena linterna con baterías nuevas y apenas sienta que llega a su cama, encienda la linterna y cuando le vea brillar los ojos, que dicen que son rojos como dos carbones encendidos, descargue un machetazo como cuando va a tumbar una mata de caña con seis hijuelas. Y verá don Justo como nunca más lo vuelve a molestar.

Don Justo regresó a su casa dispuesto a seguir todas las instrucciones de su amigo. Pero al entrar a su rancho no pudo soportar más el terror y salió corriendo. Desde entonces sólo se escucha en la casa de don Justo el cu-cu-cu-cu de un gran búho que habita dentro, porque nadie ha vuelto a ver a don Justo. ■



En la penumbra



NICOLÁS ALVARADO OREJARENA BOGOTÁ

¿Por qué escribo? Para escapar quizás, o para crear nuevos mundos, o por trascender mis sentimientos e ideas, o quizás para ganar concursos. ¿Importa realmente? No lo creo, después de todo para qué preguntárselo frente al terror ingenioso de Edgar Allan Poe o de Stephen King, para qué siquiera pensarlo frente a los cien años solitarios y grandiosos de Gabriel García Márquez, o a la tristeza milenaria de Pablo Neruda.

He aquí algo que creo haber aprendido en mi corta vida: el arte es hijo del artista, y como hijo, tarde o temprano, mal que

bien, se independiza de este. Me pidieron una autobiografía creyendo que haría la lectura del presente cuento más cómoda, y quizás sea cierto; así este cuento sea el resultado de lo que soy y lo que soy sea el resultado de dicha obra.

Me pidieron una autobiografía, pero me limité a plantear una pregunta que quizás responda mi próximo cuento: ¿por qué escribir?

Décimo grado. Institución Educativa Alberto Merani. Bogotá.

En la penumbra

NICOLÁS ALVARADO OREJARENA

Hace unas horas que cayó la noche en la capital y nuevamente la muerte merodea por la amargura de estas calles sin final, la misma muerte que ya me ha alcanzado antes, esa que desgraciadamente no se ha llevado mi vida, se ha llevado la de aquellas personas que alguna vez me dieron sentido, aquellas por las que mi corazón latía. Hoy en vísperas de su muerte, este mismo y cansado corazón sólo palpita soñando acabar con esta ciudad maldita, ciudad que me arrancó el alma. No soy nadie que interese, nadie que haya existido nunca, sólo un alma en pena que busca justicia, un espectro moribundo con las ilusiones desechas, sólo soy el cuervo solitario que vuela en las noches tristes de estas desconsoladas calles oscuras.

Será una larga noche, los negros nubarrones ya han tomado lugar en el cielo, cortando la luz de todas las estrellas, luz que en algún momento le dio calor a mi corazón inmerso en este frío infierno. Hoy, por fin será la noche de mi venganza, el momento que segundo a segundo he estado esperando. Después de tantos años de persecución y seguimiento he dado con el escondite de aquel sujeto, aquel engendro, aquel culpable de todas mis penas y pesa-

res, el acaparador de toda mi rabia y aversión, sin duda alguna su muerte es la única razón de mi existir. Y, después de todo, ¿cómo olvidar aquel inmundo sujeto, aquellos ojos rojos, color mismo de la sangre y del fuego del averno, aquella mirada perversa, y su blanca cabellera tan pálida como la nieve seca, aquellas largas y lisas hebras que caen por su rostro, aquel semblante lúgubre y fino, que junto con sus labios muertos propios de un vampiro forman facciones tan siniestras que harían estremecer hasta al hombre más valiente de la tierra, pero a mi no me provocan el más mínimo miedo? Por el contrario, es tal la fuerza con que mi corazón lo repugna y desprecia, que es como si Dios estuviese viendo al Demonio en la misma tiniebla.

Su escondite es un edificio abandonado, ya deshecho por el paso de los años; el funesto escenario de esta perfecta noche, noche que verá por fin el logro de mis sueños. Está ubicado en una calle poco transitada por el común de la gente y aunque la noche lo llena de drogadictos e indigentes, la entrada, camuflada por escombros, se encuentra aún desierta, de esta manera mi presencia no será percibida por nadie. Espero con mortal paciencia a mi objetivo en la penumbra, siempre escondido. Pasan horas, y la noche se hace sombría y el frío insoportable, pero ninguno de estos pesares hará que mi parecer cambie, seguiré esperando, firme en mi convicción de muerte. La opaca luz del faro de la esquina refleja una sombra que se expande como un indicio de vida. Me acerco silencioso pero veloz cerca de aquella visión y lo veo de nuevo, la sombra se desliza ágilmente por el suelo hacia la abertura del edificio. No hay duda alguna, se trata del engendro al cual con tan profunda amargura desprecio.

Entro en el oscuro recinto y las tinieblas se apoderan de todo mi alrededor; oscuridad tan penosa que evoca el recuerdo de aquel

crimen, aquel tormento aterrador. Quizás fue tan horrendo el impacto de ver a mi compañera amada, junto con nuestra preciosa niña, completamente mutiladas y bañadas en su propia sangre, que me hizo olvidar con exactitud la naturaleza de aquellos hechos tan espantosos. Todo es recóndito, oscuro e inmerso en el siniestro olvido, tan solo recuerdo el clamor de los gritos y el llanto del martirio vivido, recuerdo el olor a muerte que impregnaba la habitación, recuerdo la impotencia anclada en mi corazón y recuerdo aquella imagen, aquella visión; la recuerdo tan perfectamente como si estuviese pasando en este mismo instante; la imagen de aquel engendro repugnante, con su aspecto de vampiro, cabellos pálidos y mirada ardiente, acuchillando con tal crueldad y sevicia el cuerpo muerto de mi hermosa hija y mirándome, mirándome fija y directamente a los ojos, penetrando en mi corazón con tal frialdad e inclemencia que hizo llorar cada rincón de mi entereza. Maldito recuerdo que me ha condenado a la venganza.

Doy pasos lentos y firmes mientras escucho también el retumbar de mi presa, recorro un pasillo oscuro y tétrico que evoca en mí los más sombríos recuerdos, la sangre me hierve con tal odio e ira que mataría sin contemplación al que se interpusiese en mi batida. Al voltear por la esquina del pasillo alcanzo a percibir un pequeño hilo de luz de luna que traspasa la madera dañada del techo, alumbrando con timidez el contenido del corredor donde ahora me encuentro. Solo basura y desechos se interponen a mi paso, lo único que llama mi atención es una puerta cerrada al final del camino, destrozada pero aún colgante que me invita a penetrar en su recinto. Me detengo súbitamente, cuando veo a la sombra que persigo expandirse sobre dicha puerta y al ver que detiene su marcha me convengo; sé que detrás de la madera se encuentra aquel cuyo deceso he anhelado por tanto tiempo. Camino paso

por paso hasta llegar al borde de la puerta y el último recuerdo de mi pasado doliente me atraviesa; el recuerdo de mi caída en las sombras, de perder toda esperanza de ser feliz, perder todo ánimo de luchar y vivir. Pero mi vida no acabó, llegó a tener una única razón, al reconocer la existencia de mi malhechor. He seguido respirando con la esperanza de vengar toda una vida de dolor. Sin duda no va a escapar de mí, el odio ha vuelto a arder en mi corazón, le arrancaré sus ganas de vivir.

Me pongo al frente de la puerta dañada, una patada bastará para tumbarla. Desenfundo mi revólver, mi único compañero, doy una patada a la puerta que sale despedida hacia el interior, lanzando hacia mis ojos un destello de luz que me enceguece. Todo es oscuridad, temor e impaciencia; es aquella amarga tranquilidad previa a la tormenta. Abro los ojos lentamente y... ¡lo veo! Veo aquella mirada roja de sangre y fuego que desprecio tanto, aquella cabellera blanca y pálida que me estremece sin amparo, aquel rostro maligno, aquel monstruo autor de mis más desconsolados designios, está allí parado frente a mí, mirándome fijamente, con ese mismo brillo, esa misma expresión macabra de desdén y odio que me lanzó en la noche del crimen. ¡Maldito! ¡Pagará su sentencia! Levanto mi revólver, apuntando hacia su cabeza, listo a disparar, pero... Algo me detiene... ¡Maldigo al miedo y al espanto y al pavor demoníaco, a esto desconocido que destroza mi razón! ¡Qué maldita y macabra broma, tan cruda y sanguinaria me ha jugado el destino! En aquel olvidado recinto no se encuentra ningún hombre más que yo y mi respirar, solo hay un objeto, un diabólico objeto que despierta en mí un terror mortal. ¡Solo hay un espejo, un espejo mirándome sin cesar, es mi reflejo el que se ve en el cristal! ¡Dios inclemente! ¡Soy el inmundo demonio a quien odio sin parar! ■



El gorro de mi abuela



CENUVER GIRALDO PINTO
HUILA

Me gusta bailar, actuar, dibujar, pero escribir es mi gran pasión. Mi mayor sueño es convertirme en un magnífico escritor para poder narrar a todas las personas la vida de mi mundo y el mundo que pienso, es por ello que haber sido uno de los ganadores de este concurso es un primer escalón que me permitirá pisar la cima a la que espero llegar. Nací el 15 de mayo de 1992 en el corregimiento de Planadas, Tolima, en una familia campesina y humilde. Después de mucho

recorrer el país por causa de los problemas que todo el pueblo colombiano padece, he terminado estudiando en Algeciras y viviendo en un entorno que llena de ideas mi mente de motivos mi vida para seguir con esta combinación de letras, con este juego de palabras.

Décimo grado. Institución Educativa Juan XXIII. Algeciras, Huila.

El gorro de mi abuela

CENUVER GIRALDO PINTO

Sabía que a esa hora de la madrugada yo nunca me levantaría, por eso aprovechaba para encender la vela de cebo y arrastrar sus chanclas por el piso de tabla hasta el comedor donde empezaría, como todos los días desde que la conozco, a escribir el diario de su vida.

La gente que la conocía la llamaba *Siete chiros* porque siempre que la habían visto llevaba sobre su cuerpo por lo menos unas diez prendas de ropa y siempre en su cabeza un gorro de lana con flores moradas muy bien ajustado.

Desde que mamá murió me tocó vivir sólo con mi abuela y aunque parecía un espanto por su malformado cuerpo femenino, de todos modos aprendí a quererla y algunas veces a odiarla.

La quería porque a su lado nunca tuve hambre, pero la odiaba porque me daba de comer los bizcochos viejos, tiesos, que ella ya no se comía; porque siempre que mataba un pollo a mí me tocaban las patas, las tripas y la cabeza.

La quería porque ella me daba ropa que vestir; la odiaba porque era ropa vieja y maloliente que ella ya no se ponía. La quería porque me regalaba juguetes y aparaticos de pilas; la odiaba porque ninguno servía.

La quería porque, según ella, me había criado. Ella me mantenía, pero ahora viéndolo bien yo me he criado solo, porque yo trabajo mucho todos los días mientras mi abuela descansa y en vez de ser ella quien me cuida soy yo quien la atiende, por eso es que creo que no vale la pena lagrimearla más.

De esta vieja siempre me sorprendió su forma de conseguir las cosas; de conseguir dinero. Ella nunca trabajaba, pero eso sí, a esta casa aunque lejana, fría y escondida, llegaba con lo necesario.

Parece estar dormida, salpicada como si hubiese acabado de degollar una gallina. He tomado su gorro y con él he encontrado su vida, su diario. Ahora entiendo por qué molestaba tanto cocinando la cáscara de las papas y los pelos del coco: se estaba quedando calva y no lograba disimularlo con sus pocos cabellos largos y enredados.

Ahora entiendo por qué no le gustaba hacer oficios de casa, por qué se ponía unos pantalones de hombre y unas medias de futbolista; entiendo por qué nunca vi un sostén o unos calzones en la cuerda de secar ropa; por qué mi abuela era tan fuerte y tenía unos hombros y una espalda tan ancha; por qué mi abuela se afeitaba con el cuchillo todos los días y por qué hablaba tan grueso. Ahora entiendo por qué mi abuela es la única mujer en el mundo que ha orinado de pie.

Mi abuela le huía a la justicia, algo hizo y huyó a la montaña con una niña que con el tiempo pasó a ser como su hija. Le llevaba juguetes, la consolaba, la arrullaba en las noches... de un momento a otro, sin darse cuenta también fue su mujer. Era muy valiente, muy inteligente, no había permitido que nadie supiera su vida, tampoco pensaba dejarse derrotar por mí. Yo solamente quería saber qué ocultaba bajo su gorro. No conozco el mundo de ella, sólo la he escuchado, no sé en dónde queda el pueblo, no conozco a

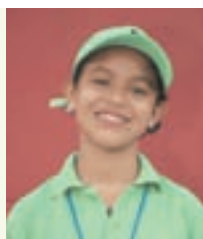
nadie más que a mi abuela, toda mi vida he estado encerrado en esta casa de madera y en este pequeño campo labrado, rodeado por la espesura de muchos árboles.

No quiero estar solo, levántate abuelita, ¡estás fría! ¿Tienes frío? Mira la vela de cebo, sí, la que siempre utilizas. ¿Quieres que encienda fuego? Aquí al lado te lo pongo, yo me voy a recostar allí contra la pared hasta que te levantes, ponte en pie, abre los ojos y observa como poco a poco el fuego hermoso consume nuestra casa y nos llena de mucho calor, ¿sientes el humo?, no me deja respirar, siento la ropa caliente, la casa se está cayendo, no tengo alientos, me arden los ojos, no te esfumes abuelita, hazte aquí para poder verte, yo te perdono pero no te pierdas en el humo, abuelita, abuelita duerme, yo también haré lo mismo, apretando el gorro de flores moradas, poniéndolo en mi pecho, secando mis lágrimas. Descansa, yo descansaré junto a ti, descansaré junto a quien fue mi familia, para más tarde levantarnos y contemplar el amanecer. ■





Un sueño espacial



MARÍA DANIELA ROMERO LÓPEZ
SUCRE

Cuando terminé este cuento me sentí satisfecha, es un relato con el que me identifico mucho, ya que vivo siempre en el mundo de la fantasía sin dejar de lado lo cotidiano. Creo que es una de tantas razones por las que escribí este cuento. Paso la mayor parte del tiempo imaginando nuevas aventuras y personajes diferentes que pueden ser de la vida real o inventados por mí. Desde muy pequeña mis padres me inculcaron el hábito de la lectura. Leo diferentes libros, pero los que más me gustan son los de aventuras y fantasía.

De vez en cuando voy al cine, me gustan las películas de ciencia ficción. Además del arte de escribir, me gusta mucho dibujar y lo hago cada vez que puedo. Me gusta practicar fútbol y baloncesto. Todas estas actividades influyen mucho cuando escribo, porque cuando estoy practicando un deporte o dibujando, llegan millones de ideas a mi mente y, entonces, pues a escribir se dijo.

Décimo grado. Institución Educativa Galeras. Galeras, Sucre.

Un sueño espacial

MARÍA DANIELA ROMERO LÓPEZ

Llegó por fin el día, subir al trasbordador e ir a Júpiter a explorar especies. Nunca había subido a uno de estos, pero el señor Wood, el jefe, se había dado cuenta de mi habilidad pues yo había descubierto la vacuna de una *chedker*, una especie de lombriz que habita en el planeta Júpiter. Gracias a esto me nombró asistente del comandante, un cargo muy importante.

Soy Diego, trabajo desde hace siete años en la *Compañía de estudios de otros planetas*. Desperté muy temprano, había llegado el día de viajar a Júpiter y todavía no me entraba en la cabeza lo afortunado que era. Faltaba una hora para el viaje y yo ya estaba listo, la ansiedad se apoderaría de mí si no despegábamos pronto.

Pasaron unos minutos y tocaron a la puerta, cuando abrí un mensajero me dijo que ya era hora. En un instante tomé la mochila y salí del cuarto, cuando llegué a la sala principal todo estaba listo para el despegue. El Sr. Wood me estaba esperando junto con los que serían mis compañeros de viaje. A su derecha se encontraba el comandante Zac Anderson, un hombre alto y fuerte; a la izquierda del jefe se encontraba la teniente Watson, una mujer joven de ca-

bello lacio y negro; ella venía de la base de investigación científica. A su lado se encontraba la oficial Coleman, que usa lentes y tiene un cabello rubio y brillante.

El comandante Anderson me saludó con mucha amabilidad:

–Cómo le ha ido agente, es un gusto verlo.

–Me ha ido muy bien –respondí.

El jefe nos interrumpió y nos guió hacia donde estaba la nave, la cual había sido revisada para que ningún imprevisto nos tomara por sorpresa. Me sentía extraño. En mi estómago había una sensación de cosquilleo y ansiedad, no sé, era algo raro.

Llegamos a un lugar que contaba con cuatro pequeñas habitaciones donde se encontraban nuestros trajes de astronautas. Cada uno entró a su habitación. Estando allí las manos me sudaban, sabía que estaba nervioso así que me puse rápido el traje antes de que me desmayara allí adentro, pues debo confesar que cuando me pongo nervioso me desmayo. Cuando salí, el comandante Anderson estaba ya listo, como también la teniente Watson. Con mi llegada sólo faltaba la oficial Coleman, que no tardó mucho en llegar. Cuando se nos unió el comandante intervino:

–Compañeros, lo que sea que pase allá arriba, estaremos siempre juntos y nunca nos rendiremos, llevaremos esta misión hasta el final.

Sus ojos mostraban una seguridad que yo no tenía.

Las chicas se fueron al baño, entonces el comandante Anderson se acercó a mí y me dijo:

–Oye, lo que dije hace un momento fue en serio, ¿estás conmigo?

Después de hacerme esta pregunta me extendió la mano y yo respondí a su gesto diciendo:

–Cuenta conmigo, esta misión será un éxito.

Las chicas salieron y entonces llegó la hora de subir a la nave para recorrer lo que sería un acontecimiento muy, pero muy difícil de explicar.

El capitán Wood se acercó y nos despidió a todos deseándonos suerte. Cuando estuvimos dentro del transbordador, todos ocupamos nuestros lugares, el comandante adelante seguido por sus tripulantes. Zac puso todo en orden. De pronto nos empezamos a mover, estábamos despegando, lo que se sentía en aquel momento era inexplicable.

Pasaron tres largas semanas dentro del transbordador antes de ver frente a mí al planeta más grande del sistema solar. Logramos descender y nos preparamos para salir e investigar, los gases eran densos, pero no nos afectaban gracias a los trajes. Luego de una larga caminata, el comandante decidió parar, entonces aprovechamos y recogimos muestras del suelo. Seguimos nuestro recorrido, hacía tanto calor que no nos dimos cuenta de la gran cantidad de gases que había alrededor; de un momento a otro sentí ganas de quitarme el traje, pero no lo hice, de pronto tanto Zac como yo creímos escuchar algo detrás de nosotros. Nos detuvimos nuevamente, era imposible pensar con claridad rodeados de tanto gas. De nuevo escuchamos algo, retrocedimos un poco, mirando a todos lados. Delante de nosotros se veía una sombra que en un instante dejó ver a una criatura grande y monstruosa, las chicas iban a dar un grito pero logré controlarlas, parecía que el monstruo no podía vernos, pero en cambio nos sentía, percibía el olor a sudor de nuestros trajes, pero no estaba seguro, era difícil saberlo con tanto gas a nuestro alrededor. Se acercó a nosotros, y para evitarlo caímos en un gran abismo que nos esperaba detrás, fue un golpe muy doloroso. Cuando nos pusimos de pie, todos estábamos asustados. El comandante pensó rápido: la única forma de

salir era escalando la pared de roca que nos rodeaba, las chicas un poco adoloridas por la caída no tuvieron otra opción. La escalada fue difícil, pero por fin pudimos llegar al borde del abismo. Con cuidado subimos y salimos de la gran nube de gas que nos rodeaba, con temor de encontrarnos al monstruo. De repente un gran viento empezó a soplar, los cuatro nos miramos sorprendidos, no era cualquier viento, era una corriente de aire, empezamos a correr. La nave aun estaba muy lejos y parecía imposible llegar hasta ella. La tormenta ya nos estaba alcanzando cuando de pronto, a lo lejos, divisamos la nave. En ese momento corrimos con más vigor, entramos a la nave rápido y el comandante, como loco, intentó ponerla en marcha pero ésta no respondió. Por la ventanilla vimos acercarse la tormenta y nos abrochamos los cinturones. Ésta nos golpeó sin piedad y con tanta fuerza que la oficial Coleman oprimió el botón de autodestrucción, de repente la alarma empezó a sonar, todos tratamos de reparar el daño y empezamos a hundir todos los botones. Faltaban tres, dos, un segundo para destruir la nave cuando... sonó el despertador, debía madrugar, tenía clase de seis. ■





La dientona



YENNY MARCELA MARTÍNEZ DÁVALOS VALLE

Nací el 21 de septiembre de 1994, en el municipio de El Cerrito, Valle del Cauca y más exactamente en el hermoso corregimiento de Santa Elena, a pocos kilómetros de la hacienda El Paraíso, donde Jorge Isaacs se inspiró para crear *María*. Los paisajes, el aire y naturaleza me inspiran para escribir. Me gustaría algún día escribir una novela.

Mi vida ha sido tranquila, tengo un hogar lindo con mis padres y mis tres hermanos, aunque hemos vivido de finca en finca

he conocido historias que me han ayudado a crear mis cuentos.

También he tenido el apoyo de mis maestros, en especial a la licenciada Ana Milena Osorio. He escrito algunos cuentos, me gusta leer libros sobre superación personal y algunos de terror. Soy muy seria para mi edad según dicen mis amigos, pero me divierto a mi manera.

Décimo grado. Institución Educativa Santa Elena. El Cerrito, Valle.

La dientona

YENNY MARCELA MARTÍNEZ DÁVALOS

Desde niña, siempre escuché las historias sobre espantos que contaban mis tíos, entre ellas la de la cabeza de burro que tiene el arco iris cuando se agacha en un río a tomar agua después de la lluvia; el espanto que sale en la boca del callejón que es un perro negro echando candela por los ojos y la boca. Pero el espanto que más nos impresionaba a nosotras era uno que aparecía cerca de nuestra casa, en una finca al pie de un árbol de pan: la dientona, una mujer vestida de blanco, huesuda y lo que más se le notaba eran los dientes blancos que le brillaban. El problema era que se aparecía a cualquier hora y prefería hacerlo ante a los niños. Sentadas con mamá, papá y mis hermanas, escuchábamos aterradas estas historias, nos pegábamos a las enaguas de mamá y para dormir era el problema, teníamos que acostarnos en montonera mis tres hermanas y yo y arroparnos hasta la cabeza. La casa era oscura porque la energía eléctrica aún no era una cosa importante y solo se usaban velas o mechones de ACPM, que colgaban de los tarugos del corredor y soltaban tanto humero que al otro día amanecían con las olletas llenas de tizne negro.

La finca donde salía el espanto era un monte lleno de árboles

gigantes de pisamos, higuerones, guasitos, árboles de pan y mucha guadua, era casi un bosque, por una orilla pasaba una vereda que había hecho el continuo andar de las vacas y de los trabajadores; ese camino lo recorríamos nosotros.

Ese día cuando llevábamos el desayuno, llegamos a un caney altísimo en donde secaban las hojas de tabaco, para mi hermana mayor este camino era su martirio y casi siempre le sacaba el cuerpo para no ir.

Ella le tenía un pavor a las *coyas* cabezonas que caían de las hojas de tabaco, grandes y gordas y con una cabezota negra o roja. Para ella era como ver el mismo patas. Brincaba, botaba las *quimbabas* y corría gritando, buscando escondedero a peso. Más de una vez se mamó el regaño de mi papá que le decía: “Pero ve esta tonta, las *coyas* están muertas, ¿qué te van a hacer?”.

Pero ella les tenía pánico, así estuvieran bien despachurradas.

Luego nos tocaba llamar a la casa de la finca en donde tenían como cuatro chandosos, flacos pero más bullosos que apenas nos oían, nos rajaban carrera y otra vuelta a correr, salió la dueña de casa que era una mujer de carácter agrio, huraña que había que sacarle las palabras con ganzúa, usaba zapatos de caucho de los que siempre usábamos los pobres porque el cuero sólo lo tenían los ricos y las vacas, su ropa era *desjarretada* por los sobacos y el ruedo suelto, el delantal era sucio, tanto que se podía raspar con un cuchillo. Bueno, al fin llegábamos con el desayuno, para mi papá y un tío al que le decíamos *Cursos aprisa* porque era muy afanoso.

Ellos se sentaban a desayunar y nosotras nos íbamos a chismosear por la casa de doña Tere. Ella al igual que su ropa era desordenada, llena de rila de gallina, plumas y hasta huevos en los rincones. La bulla de los pollitos, los patos y los gansos volvía loco a cualquiera, pero nosotras éramos felices cuando la señora

nos daba café en leche con arepa, hasta que mi papá nos pegaba el grito: “Bueno chinchas ahuecando el ala para la casa a hacer oficio a ayudarle a la mamá”.

Doña Tere le tenía un especial cariño a mamá y nos dijo: “Vayan muchachas a buscar huevos a la ramada para que le lleven unos a la comadre y unas gajas de plátano”. Íbamos nosotras a buscar los huevos cuando hallábamos las nidadas en las canastas, en otras apenas las gallinas estaban poniendo, metíamos las manos para sacar los huevos cuando de un canasto iba saliendo tamaña culebrota verde, vieja de ojos amarillentos.

Salíamos nosotras con semejante gritería.

“Apá, venga mate una culebrota que salió del canasto”, y mi papá se viene armado con un garrote, cuando en esas llega el hermano de doña Tere, don Ramón. “¿Cuál es la bulla? Se asustan por semejante lombricita. ¿No ven que ella es la que mata las chuchas y ratas que vienen por los pollos y huevos y además ahuyenta al cusumbo?”.

Nosotras nos pegamos a las mangas del pantalón de papá, miramos a la tal lombricita de más de dos metros que pasaba cerca de nosotras muy oronda y sin dignarse a parar siguió hasta la casa principal, alborotando el griterío de gallinas cluecas, bimbos, patos y gansos y se acomodó en otro canasto lleno de aperos de caballo y ropa vieja de don Nicéforo.

Después del susto de la culebrota que según mi papá era una petacona inofensiva, a don Ramón le dio por contar que en la mata de guadua debajo de la raíz de un higuerón salía una culebra brava, que de lo pura vieja se había encogido, pero era gruesa y además tenía cresta y cantaba como un gallo.

Santo Dios bendito, y ahora para nosotras irnos con semejante animal que hasta con una gallina se había enrazado, salimos más

de paso que de ganas y con lo preocupadas que íbamos con la tal culebra enrazada con gallina que ni las coyas cabezonas preocuparon a mi hermana, pasamos por el caney y cogimos por el camino de la mata de guadua, cuando de pronto atrás de nosotros oíamos que nos llamaban. Miramos y al pie de un palo de pan estaba una figura desgredada vestida de blanco, que nos hacia señas con unas manos huesudas. “Muchachas –dice Cristy–, la dientona, corran, corran”, mejor dicho las que corren, no supimos donde tiramos la vianda del desayuno, las *quimbas* y hasta pedazos de vestido y cuero, quedaron pegados de los ganchos de las guaduas.

El camino era largo y culebrero pero nosotras lo corrimos en un *volión*, cuando llegamos a la casa con la lengua afuera y sin poder hablar, mi mamá se asustó de vernos así. Nos habíamos caído al zanjón que tocaba cruzar por dos tablas, nos pasamos por el agua. Any se había mordido la lengua y Cristy y yo llevábamos los ojos tan pelados que parecían que ya se nos fueran a salir. A mi mamá le costó trabajo que nosotras nos tranquilizáramos y le contáramos lo sucedido. Cuando al medio día llegó papá, mi mamá le contó y él se tostó de la risa; cuando al fin pudo hablar le dijo a mamá:

–¿Cual dientona? ¿No ves que era doña Tere que estaba recogiendo unas pepas de pan y estaba llamando a estas grillas pa’ que trajeran unas pa’ cocinar? Con razón ella me dijo que las muchachas parecían almas que lleva el patas de la carrera que traían. Si hasta las *quimbas* las dejaron botadas las tontas estas. Para más fueron éstas que vieron dientona a doña Tere, si hasta mueca es la pobre vieja. ■

CATEGORÍA

CAQUETÁ

RONALD PÉREZ PEREA

La mona

163

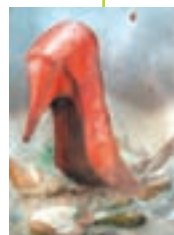
BOGOTÁ

JAVIER ENRIQUE VALLEJO

CHAMORRO

Heliodoro es un negro triste

157



QUINDÍO

JUAN FELIPE GÓMEZ CORTÉS

Blues de la calle

151

ANTIOQUIA

JUAN FELIPE OSPINA VILLADA

Posibilidades de la segunda
persona

145

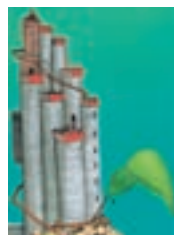
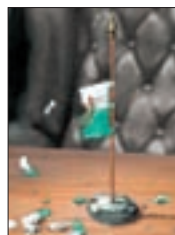
ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

MANIZALES

ALEJANDRO MEJÍA

Hamburguesas

177



BARRANQUILLA

ELAINE MENDOZA ORTEGA

El perro

171

PASTO

NATALIA SOPHIA CASTRO TRIVIÑO

Este pueblo se quedó sin alcalde

185

MEDELLÍN

ISABEL CRISTINA

VELÁSQUEZ GIRALDO

El padre

193

BUCARAMANGA

FABIÁN MAURICIO

MARTÍNEZ GONZÁLEZ

El castillo

189



Posibilidades de la segunda persona



JUAN FELIPE OSPINA VILLADA
ANTIOQUIA

Breve. Esa es la palabra clave para mi autobiografía. Años: un par de décadas. Estudios: una ingente cantidad de información inoculada por el sistema de educación colombiano; por la familia. Perspectivas: tal vez otro lapso de años adelante, el tiempo justo para dejar todo atrás, para olvidar. Para olvidar esto, por ejemplo. Estas palabras y las que siguen. Señas: ninguna en particular, salvo una cicatriz en forma de x en la mejilla. Una

vez, en la infancia, batiéndome en combate con una mujercita de uñas mugrosas, defendiendo un deslizadero, un zarpazo en el rostro. Ah, en la ceja otra cicatriz. De esa hablaré en algún momento. De resto: nada. Ninguna vocación admirable. Un asunto sí: ganas de vomitar ante los argumentos a favor de la guerra.

Psicología. Universidad de Antioquia.

Posibilidades de la segunda persona

JUAN FELIPE OSPINA VILLADA

Lamentas haberlo hecho tan inteligente, tan sagaz. Y sin embargo, no hay nada que puedas hacer ya para remediarlo, salvo pelear por tu inocencia ante la corte. Nunca se te pasó por la cabeza que las cosas pudieran terminar así. Ninguno de tus personajes se te había salido antes de las manos. Ninguno había resultado tan pendenciero. Quizá todo se deba a la mala suerte que te ha acosado siempre, piensas. Tratas de recordar el momento en el que lo creaste. Todo parecía tan sencillo y tan bien planeado que nada podía salir mal. Hasta llegaste a pensar que tal vez aquello era lo mejor que habías escrito en toda tu vida. Te sentías en el mejor de tus momentos. Todavía crees que es uno de tus cuentos más acabados, a pesar de todo. La abundante crítica favorable lo confirma. No tuviste que hacer demasiado esfuerzo para que saliera publicado. Te mueves con la plasticidad de un contorsionista en ese mundillo incierto de los centros literarios y de las editoriales. Sólo tuviste que telefonar a un amigo para que el asunto se resolviera. Confiabas en que cuando se publicara se precipitaría sobre tu obra una cascada de comentarios. Ese fue tu propósito, levantar una polvareda para que tu nombre saliera catapultado, tal y como

lo merece un autor de tu talla. Ya era hora de que empezaran a saber de ti, meditabas en tu cama cada noche mientras esperabas el sueño. Y vaya si lo conseguiste. Los medios, que no escatiman en escándalos, hicieron de tu caso un espectáculo. Te conocieron en todo el país. Pleito entre escritores, apareció con letras rojas en las primeras páginas. Insólita demanda por derechos de autor, decían los titulares de los noticieros televisivos. Temes que tu carrera se haya venido abajo irremediablemente. Hasta tú mismo estás sorprendido. La demanda te produjo una especie de crisis nerviosa. No tanto por provenir de un escritor que tu mismo creaste como por ser la primera vez que la justicia te requiere. Meditas sobre el asunto y te parece que nadie está a salvo en ningún sitio. Vas hasta tu biblioteca y relees la revista en la que está tu cuento. Te convences de tu talento. No se equivocaron los editores que te contactaron para antologarlo en un volumen con los mejores escritores del continente. Sin embargo, ese fue el punto en el que las cosas te empezaron a ir mal. Con la fama llegaron también los problemas. El escritor en tu relato; ¡pero qué buen personaje que te salió!; resolvió que los méritos eran de él y no tuyos. De modo que entabló una demanda por considerarse el verdadero dueño del cuento. Dice que es él y no tú el que merece todo el crédito. Si al menos pudieras hablarle para lograr algún acuerdo, alguna conciliación. Pero se ha tornado inaccesible. Desde que fue publicado perdiste todo control sobre él. Es tan agudo, tan genial, que casi se te parece. Lo hiciste casi a tu imagen y semejanza. Hasta la incisiva codicia que le lanza a acusarte fue contemplada por ti. En el fondo te sientes orgulloso por haberlo creado con tal grado de verosimilitud. Eso te hace mejor que cualquier escritor que conozcas. Te descubres regocijándote con el ingenio de tu creación, con el talento de tu enemigo. Ya es muy tarde para arrepentirte. Sabes, ín-

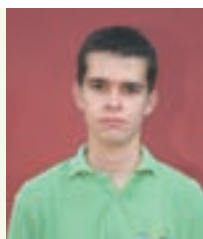
timamente, que el orgullo es el sentimiento más acertado. Lo único que hará la rabia será perderte. Pero aunque te sientas orgulloso estás decidido a ganar la demanda. No estás dispuesto a que las regalías sean para él. Además, qué haría con ellas. Los personajes de ficción no necesitan dinero. Mas, se te ocurre, tal vez no se trate sólo de eso. Quizá se deba a simple perfidia. A pura maldad. A la más vil y ponzoñosa envidia. Sentado en el café, mirando la fuente y los pájaros a través de la vidriera, piensas en la vergüenza que significaría ser derrotado. Mientras lo esperas, reflexionas acerca de la idoneidad de tu abogado. Te lo ha recomendado un colega tuyo que ya tuvo problemas en el pasado con aquello de los derechos de autor. Lamentas no poder representarte tú mismo como lo hará tu demandante. Al parecer, eso es lo que ha llegado a tus oídos, es él, personalmente, quien va a encargarse del caso. No te resulta extraño porque, aparte de escribir, tu personaje conoce muy bien aquellos ámbitos. Su oficio de escritor de cuentos policíacos le ha requerido investigar sobre asuntos legales. A diferencia tuya, que todo lo construyes desde la ficción sin preocuparte nunca de que aquello que cuentas se corresponda con lo real, tu enemigo tiene en verdad una actitud detectivesca. No ha dejado ningún cabo suelto, se ha lanzado al ataque con el plan fraguado hasta en sus detalles más mínimos. Empiezas a sentir algo de pánico. Pides un café para acompañarte mientras tanto, para engañar los temores con el sabor amargo. No puedes evitar imaginar a tu personaje bebiendo tinto dulce, sonriendo y dando sorbos contenidos, seguros, con la seguridad que da el tener un plan perfecto. Lo imaginas imaginándote, tratando de adivinar tu estado de perplejidad. Te disgusta esa imagen. Te sientes ofendido e intentas distraerte con otra cosa. Que sepas, de tus colegas ninguno ha tenido problemas con sus personajes. Ni los que se dedican a las novelas de suspen-

so, ni los especializados en terror, ni mucho menos los cronistas del crimen, han tenido alguna vez el infortunio de ser atacados mientras dormían, o de ser amenazados con alguna llamada telefónica, o alguna de esas calamidades que ocurren diariamente en las grandes ciudades. Te impacientas. Te preguntas por qué a ti, que nada malo le has hecho a la humanidad. Que tratas de ser lo más honesto posible en tu trabajo. Hasta en las críticas de cine y literatura, que escribes para distintas revistas, eres benévolo. En la esquina, esperando que el semáforo cambie, ves a tu abogado. Lo observas detenidamente y descubres una sombra de preocupación es su rostro. El semáforo cambia. Él aún no te ha visto. Entra al café y te busca entre las mesas. Te saluda con desgano. Levantas las cejas y lo llamas con un gesto discreto, mientras se te ocurre que todo este asunto daría, sin duda, para escribir un buen cuento. ■





Blues de la calle



JUAN FELIPE GÓMEZ CORTÉS QUINDÍO

Logré nacer un mes de marzo de 1987 en algún lugar entre Armenia y La Tebaida en el departamento del Quindío. Crecí en un ambiente semirural y desde hace ya varios años vivo con mi familia en el corregimiento de Barcelona, municipio de Calarcá. Aunque tenía la firme convicción de estudiar biología, terminé en el periodismo (por fortuna). Mi primer acercamiento a las letras fue con enciclopedias como *El mundo de los niños*. Más tarde vinieron los libros impuestos en el colegio. El primero que recuerdo haber leído con gusto: *El Alférez Real* de Eustaquio Palacios. La fascinación por el cuento vendría

en la mitad del bachillerato, cuando un profesor me entregó un volumen de Julio Cortázar. Desde entonces leo cuentos con cierta pasión, pero sólo me animé a escribir cuando se me apareció Renata, el taller de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa. La música, el blues, el rock and roll y todo lo que de ella se deriva enriquece mis días. Me interesa también su relación con la literatura y el cine.

**Comunicación Social-
Periodismo. Universidad del
Quindío.**

Blues de la calle

JUAN FELIPE GÓMEZ CORTÉS

El Diablo empezó a cantar a la hora indicada. El local estaba medio vacío y Carmen me miraba con ojos de puñal. Había aceptado que llevara al Diablo esa noche con la condición de que yo corriera con los gastos. No sería mucho, el hombre sólo pedía un trago de whisky entre canción y canción y algo para comer al final de la noche.

¿De dónde había salido ese negro gigante de voz carrasposa? De la calle, o del mismísimo infierno como lo sugería su apodo. El Diablo era un *bluesman* criollo que sorprendía a los pasajeros del transporte público cantando en perfecto inglés versiones de Robert Johnson y Sonny Boy Williamson. Su guitarra, su armónica y su voz no eran de por estos lados.

Where are you from? Fue lo primero que se me ocurrió preguntarle cuando decidí abordarlo una noche, después de verlo bajar de un bus urbano. Era martes, un mal día para abrir el local, así que me fui a caminar por el centro antes de volver al apartamento. Lo vi recostarse en un poste junto al paradero y empezar a afinar la guitarra. En realidad se veía como todo un *bluesman* al mejor estilo de los años treinta: traje, zapatos de charol y bombín. Estaba

convencido de que era un negro americano que se había volado del delta del Mississippi para traer la esencia del blues a las calles del sur del continente. Qué va, soy de Buenaventura, me dijo. Su voz perdió resonancia, pero se hizo más cordial. Lo miré de arriba abajo y me sentí diminuto, no por la estatura del negro, sino por la vergüenza. ¿Te gusta lo que canto?, me preguntó. Sí, me gusta el blues y tú no lo haces mal, le dije.

La gente que pasaba quedaba extrañada al ver al Diablo hablar con alguien. Casi nunca abría la boca para otra cosa que no fuera cantar. Eso le daba un aire de misterio que lo convertía en un personaje reconocido en la ciudad, aunque nadie lo conociera.

Ya pasada la vergüenza, quise saber más de su vida, tal vez porque no quería llegar temprano a casa esa noche, o quizá porque sentía que el negro tenía algo que contar que podía ser de mi interés. Cualquiera cosa era mejor que llegar al apartamento a discutir con Carmen. Claro, había olvidado decirlo, Carmen era mi compañera, un poco más que mi amante, pues vivíamos juntos. Era la dueña del local. Creo que no se atrevía a dejarme porque no era capaz de administrarlo sola. Según ella, nada de lo que yo proponía para atraer clientes era bueno, sin embargo terminaba aceptándolo. Yo la soportaba, me gustaba el ambiente del bar, la noche y la música. También disfrutaba haciéndole el amor.

Sigamos con el Diablo. Esa noche dimos vueltas por la manzana donde quedaba el bar y me contó pedazos de su vida. Todo lo que sabía lo había aprendido en el puerto de Buenaventura. El inglés lo hablaba gracias a que había tenido numerosos trabajos en los barcos extranjeros. Había llegado al blues más por azar que por vocación. En uno de esos equipajes que no son de nadie me encontré esta guitarra, la armónica y unos cuantos discos, me contó. Yo era un muchacho ignorante y lo primero que se me ocurrió fue

venderlos. Cuando se los ofrecí a un viejo conocido me dijo que no valían nada y me sugirió que aprendiera a tocarlos y bregara a ganarme la vida con eso, que a lo mejor hasta conseguiría para tomar whisky y para comer. Cuando pude escuchar los discos y como entendía algo de las letras, me di a la tarea de sacarle sonidos agradables al par de instrumentos para hacer mis propias versiones.

Era extraño ver al Diablo contar su historia como una persona común. El misterio no estaba más que en su apariencia y en su voz al cantar esa música propia de negros.

Me quedé sin saber qué decir. Podía sentirme decepcionado, pero no tenía caso. El Diablo me miraba como esperando que le pidiera más detalles de su vida. No, no tenía caso.

Habíamos llegado justo al frente del local. Un súbito sentimiento de compromiso y remordimiento me hizo pensar en lo grande que sería el Diablo si pudiera tocar en un lugar diferente al pasillo de un bus. Sí, sería la estrella del local, al menos una noche.

Le dije que lo esperaba la noche siguiente con su guitarra y su armónica para que tocara en el bar que yo administraba. No hubo sorpresa, asintió levantando el sombrero. Me despedí de él con una reverencia y me alejé dando pasos cortos. Tenía que llegar al apartamento.

Carmen me esperaba despierta. Me di cuenta que estaba de buen genio porque no sentí sus dientes rechinar y la mirada de puñal al cruzar la puerta. Quería sexo. En esos momentos aceptaría todo lo que le propusiera, así que le conté entusiasmado la historia del Diablo.

Abrimos a las seis y media. Empecé a sentir algo de nervios; una ansiedad por que llegara primero el Diablo que algún cliente. Ya Carmen me lo había advertido, los gastos correrían por mi cuenta.

En realidad lo del whisky y la comida se lo había dicho a Carmen para darle al Diablo el estatus de músico de blues que merecía.

Llegó pasadas las siete y media. Llevaba el vestido impecable y se veía radiante, la noche lo favorecía, tenía aún más aire de blues. Los primeros clientes que lo vieron instalado en la silla afinando su guitarra no lo reconocieron a pesar de que seguramente los había importunado más de una vez con su voz carrasposa en alguna ruta urbana.

Empezó a cantar a las nueve, la hora indicada. Esa noche sería la estrella, tomaría whisky y comería. ■





Heliodoro es un negro triste



JAVIER ENRIQUE VALLEJO CHAMORRO
BOGOTÁ

Provengo de donde nace el agua, donde los vientos andinos son tan helados que obligan a los frailejones a encamisarse en su ropaje de terciopelo blanco. Desde esas cumbres hacia abajo se ve el más hermoso jardín florecido, cuidado por la prole del cacique Guatán a quienes dedico este cuento: los gualmatences. Entre ellos Nelly, Angélica y Guillermo, mis padres.

Enero 18 de 1976. Entre ser

colaborador de la Fundación Social y visitante acérrimo de la biblioteca El Tintal fui descubriendo en las incansables vías de Bogotá a mis incontables demonios tutelares: Fernando Vallejo, José Saramago, García Márquez, Jorge Franco, entre tantos. Esto de contar es para mí la más agradable adulación del ego, al dar por hecho que mis amigos leerán lo que escribo.

Administración. Sena. Bogotá.

Heliodoro es un negro triste

JAVIER ENRIQUE VALLEJO CHAMORRO

Heliodoro es un negro triste, en contraste con su cuerpo macizo e incompleto, con sus manos enormes, con sus grandes ojos claros y con sus labios desbordados hacia fuera que mantienen una falsa mueca de felicidad. Le falta una pierna, la izquierda. Tiene en cambio un muñón de carne casi hasta la rodilla, donde en un nudo tosco amarra lo que le sobra de la manga del pantalón. Junto a la iglesia de Lourdes vende tiempo, uno, dos, tres minutos, media hora, una vida entera si es necesario; sentado en una butaquita ridícula para su cuerpo monumental, desde que van saliendo las primeras luces del día hasta que las sombras de la noche obligan a recogerse a la ciudad entera. Entonces guarda sus corotos en un morral viejo y apoyado en su muleta, con la butaquita en su mano derecha se dirige a su pieza, en el barrio Santa Fe, donde lo espera un colchón sin cama, una cobija vieja, una bolsa donde guarda una muda de ropa, y su soledad sin radio.

Llegó hace un mes, de Junín, un caserío en la cima de la cordillera Occidental, huyendo de la realidad que sigue empujando a cientos, a miles de personas como él a esta ciudad.

Cinco años atrás, mientras tumbaba selva para sembrar chon-

taduro pisó un sombrero chino –era como una tapa de panela volteada, explicaba–, un tipo de mina que al ser pisada descarga gran cantidad de clavos, tornillos y resto de metralla y cuya onda explosiva es tan aserrada y dañina como la cadena acelerada de una motosierra. Heliodoro escuchó un estruendo y despertó dos semanas después en un miserable hospital de Tumaco, con una rasquiña imposible en donde se suponía existían los dedos de su pierna izquierda que había sido arrancada de tajo a la altura de la rodilla. Sin embargo no abandonó su choza, permaneció acostado en su hamaca durante los meses que su recuperación exigió, levantándose únicamente para ir saltando en su pierna sana hasta la cocina, prepararse un poco de tinto, prender un cigarrillo y recoger las pilas de la radio que cada noche dejaba junto a las brasas del fogón. El resto del día se le iba en escuchar vallenatos acomodado en la hamaca, levantándose únicamente para preparar arroz, plátano y huevos que algún buen corazón dejaba para él en el patio. “Esto es lo mejor que me ha pasado”, pensaba mientras se fumaba hasta el último concho del cigarrillo, escuchando la misma emisora de vallenatos alegres. Entonces era feliz. En las noches prendía el fogón y con una piedra iba aplastando los plátanos verdes para hacer patacones, dando los golpes al mismo ritmo de la guacharaca del vallenato de turno, hasta que sin más el radio bajaba su tono como lo hacía el resto del mundo para echarse a dormir; sacaba las pilas descargadas y las ponía a calentar junto a la brasa, ahí las encontraba a la mañana siguiente. Sin embargo seis meses después las visitas dejaron de hacer sus presentes y el hambre comenzó a apretar. Lo último que vio fue una bolsa llena de cáscaras de huevos arrastradas por un perro errabundo que se sorbía las últimas yemas con la misma desesperación de un hombre sediento. Como pudo, Heliodoro se hizo al perro y arrastrándose en el patio con

una mano apretaba el hocico del animal mientras con la otra lo maniataba con la primera cabuya que encontró, desarmó su barbera y con su cuchilla *Gillette*, oxidada de tanto uso pero aún con filo, lo castró. Así aprendió.

De eso vivía, de castrar marranos, perros, terneros y descrestar gallos, animales que la gente le traía hasta el patio de su casa a cambio de plátano, yuca, pescado y panela. La felicidad era posible: tumbado en la hamaca con su radio prendida, apagándola solamente cada hora durante los tres minutos que duraban los comerciales o cuando alguna canción no le gustaba; entonces la tarareaba y calculaba el momento exacto de volverla a encender la radio para caer en la nota exacta, alargando así la vida de las *Eveready* rojas que cada vez cargaban menos y lo obligaban a dormir más temprano. Soñaba con lo que era: un negro feliz tumbado en una hamaca, con la única preocupación de no dejar que las pilas se descargaran por completo para poderlas recargar eternamente y así ponerlas cada mañana en su radio vieja.

Tiempo después, cuando ya no era justo que un solo hombre acaparara toda la felicidad del mundo, llegaron los mismos que habían sembrado la mina que lo mutiló con su orden irrevocable: “Se van o se mueren”. El desfile de negros había comenzado antes de que Heliodoro despertara, para cuando él encendió su radio ya se escuchaban los disparos que los cuatrerros descargaban en el cuerpo de aquellos que no obedecían, en su mayoría ancianos. Aquellos que pasaron afanados le dijeron: “No hay tiempo de nada”. En los alambres tenía colgada una cobija, una camisa y un pantalón; fue lo único que agarró en el afán, dejando la choza al olvido, con la puerta abierta, la olleta en la que comenzaba a hervir el agua achatada sobre el fogón y la radio emitiendo vallenatos alegres. Ocho días después, motivado por las promesas sosas del

gobierno llegó a la Capital en busca del programa de protección a desplazados, pero lo único que encontró fue a miles y miles como él viviendo en la nada.

Pidiendo monedas logró pagar una habitación por tres mil pesos la noche y dejó de soñar con lo que era. En ese momento su mente se encargó de repetirle una y otra vez la misma frase que le hizo huir: “No hay tiempo de nada”. Así, pidiendo aquí y allá pudo hacerse a una butaquita y un chaleco con letras fluorescentes que dice: *Minuto a \$250*. Sentado en el parque de Lourdes, la gente a su alrededor se agolpa para comprar tiempo, el que no tuvo él cuando lo obligaron a dejar su choza con la olla que de tanto hervir habrá quedado vacía y su radio que se habrá descargado de tanto sonar. Ya no es feliz. Su mirada se pierde en el parque. En medio del gentío sale una señora gorda y afanada, con unas gotas de sudor que comienzan a formarse en su frente y sobre el labio: “¿Me vende un minuto?”, le dice sin perder tiempo. Heliodoro, pensando todavía en la olla hirviendo y en la radio prendida, siente comezón en el tobillo inexistente de su pierna, sacude la cabeza y ve a la señora que lo mira como si acabara de descubrir al hombre más infeliz del mundo. “Se lo regalo”, le dice Heliodoro mientras mantiene la mirada fija en los ojos oscuros de aquella extraña. Y en seguida piensa: “Si hubiera tenido un minutico hubiera apagado el radio”. ■



La Mona



RONALD PÉREZ PEREA CAQUETÁ

Soy el hombre sin rostro ni alma, un animal pervertido, un loco de atar que finge estar cuerdo para ser aceptado en esta aburrida sociedad. Mi demencia se alimenta de tres artes: la música, la literatura y el cine. Me gusta el rock desde que mis oídos se destaparon con el sonido de las guitarras. La literatura me permite habitar otros mundos, por eso leo y escribo. No tengo autores favoritos pero puedo considerar que *El Principito* de Antony-Saint Exupery tiene mucho que ver con este gusto. Escribo de vez en cuando pero lo intento hacer bien, sea para aprender el arte o para explicarme cosas a mí mismo.

De cine sé muy poco, el gusto comenzó a raíz de las obras literarias que leo y su innegable relación; de las películas que más me han impactado anoto *Hombre mirando al Sudeste* de Eliseo Subiela y *Abre los Ojos* de Alejandro Amenábar. Finalmente, quiero agradecer al profesor Hermínsul Jiménez y a los integrantes de *Maniguaje*, nuestro grupo de escritura creativa integrado a Renata, por este logro que también les pertenece.

Lengua Castellana y Literatura.
Universidad de la Amazonía.
Caquetá.

La Mona

RONALD PÉREZ PEREA

Faltaban tres días para realizar la marcha oficial y terminar con los ensayos de preparación que el colegio había propuesto desde hacía seis meses. Como se ha vuelto costumbre, el rumor de un posible atentado había creado un ambiente de inseguridad en la gente del pueblo y, en especial, entre los del batallón de Infantería de Marina. Sería por eso que las calles estaban más solas, aunque en la cuadra donde vivo, que es la más popular y nunca falta en el recorrido de los desfiles culturales, no parecía importar, pues el grupo de danzas, conformado por varios amigos, tenía planeado presentarse en la plazoleta dentro de la base militar. A mí, que había decidido no participar en nada, sólo me inquietaba la presencia de la nueva vecina. Ni siquiera los rayos de sol me impidieron salir al corredor para verla pasar; no sé a dónde iba pero al medio día, muy puntual, con su cabello rubio aún húmedo, bajaba la calle, calculaba cada movimiento mientras pensaba en... quién sabe qué. Su llegada fue un misterio, se le veía hablar con pocas personas y vivía en la casa de los misterios.

En la noche, la mayoría de los vecinos salieron a sentarse en el andén. Mis amigos se reunieron a hablar en las gradas del corre-

dor, mientras el grupo de chismosas lo hizo frente al rancho de doña Albita, quien reprochaba a los profesores de la cuadra, que se reunieron en el pasillo de la casa de Tovar a conversar. Era evidente que en los tres grupos se habló de La Mona cuando salió. Ella se recostó contra la pared de la casa de la Escopeta, la vecina que solo saluda para pedir plata prestada, allí se hospedaba. Miraba las estrellas, acariciaba su largo cabello, movía una pierna, pensaba en... quién sabe quién.

Los profesores creían que era la mujer de un militar. “Pero eso no importa, lo cierto es que esta es la clase de vecina que necesitamos en la cuadra”, le escuché decir al profesor Tovar cuando salí de la casa a reunirme con mis amigos en la gradas. “Ha de ser del Huila o de la Costa, de allá son todos los militares que llegan a este hueco”, dijo Luis Carlos, el profesor de sociales. Solo eran especulaciones. Pero al imaginarme que ella tenía en quien pensar me dejé como quien está frente de un pelotón tres minutos antes del fusilamiento. Caminé mirando hacia donde ella estaba. Sentí un alivio al verla sola, pensé en ir a hablarle pero creí que era ridículo, además me daba nervios el sólo pensarlo. Ella seguía con la luz del firmamento en sus ojos, en un estado de quietud, meditaba, pensaba en... ¿el marido?

Doña Alba me llamó para preguntarme si sabía el nombre de La Mona. “No –le dije–, de pronto mi hermano lo sabe”. Yo había vivido en esa casa, y Wimo, con quien no me hablo, aún vive allí; él es extraño y ese ambiente le queda como anillo al dedo. Me pasé a vivir a la casa de Tovar desde comienzo de año, tomé la decisión una mañana cuando al despertarme desnudo, con heridas en el cuerpo, caí de una mesa como de dos metros de altura en medio de calaveras, velas encendidas e imágenes horribles. A mi negativa, doña Albita dijo para el resto de compañeras: “Bueno, al fin y

al cabo no importa; ha de ser una boruga, pues se la pasa con un soldado y con otro”. Era verdad que allí llegaban varios de ellos, pero no quiere decir nada, a todas las casas llegan, en especial a la de doña Albita que les arregla y les plancha los uniformes por contrato. Sin embargo, sentí que los tres minutos frente al pelotón habían pasado cuando, al darme vuelta, miré que junto a ella estaba un militar hablándole. Pero fueron unas palabras. Ella se entró. Yo quería saber si algo extraño le había pasado y avisarle que corría peligro. Seguí caminando hasta las gradas, imaginé en qué pensaba...

Mis amigos me miraban entusiasmados, creían que sabía algo más pero, al igual que doña Albita, los decepcioné. Como no había mujeres, cada quien comentó lo que podía hacer con La Mona y su trasero en un cuarto a solas. El viento se llevó las voces hacia la esfera de plata, las estrellas una a una desaparecieron y, sin darnos cuenta, quedamos solos. Entonces nos fuimos a casa con los calzoncillos húmedos. Desde aquel instante empecé a desearla, la hice mi princesa, a quien debía sacar del castillo encantado y solo tenía que hablarle.

La Mona, vestida de licra y blusa ombliquera, bajaba la calle. Se veía fresca y el pelo le mojaba la blusa por la parte que cubre su espalda. No pasó por la acera del frente, lo hizo por este lado petrificando mi alma con una coqueta sonrisa que se cruzó con mi mirada. Mi corazón sufrió una ligera arritmia al sentirla tan cerca. Reaccioné con un piropo, “phiss... adiós mamacita”. Ella paró en seco y volteó hacia mí. Un frío me congeló de pies a cabeza, mi corazón dejó de latir a mil por minuto y lo hizo de forma prolongada, el bombeo se pudo escuchar a kilómetros. Ella, sin dejar de sonreír, sentenció con autoridad: “Voy hablar con alguien sobre las rutas que tendrá la marcha mañana. Ahora vuelvo, espero que me

acompañes hasta donde vivo, así que no te despidas aún”. Asentí con la cabeza y ella siguió su camino. La miré hasta que volteó la esquina. Entusiasmado, me entré al cuarto para immortalizar su voz y pensar, acostado en la cama, en lo que quería saber sobre ella y en cómo le iba a decir lo que sé de la casa donde vive.

Un despiadado estallido acabó con mi inoportuna siesta. Un ligero temblor derrumbó mi oportunidad de amar y hoy el eco de la explosión aún retumba en mi mente. Me quedé dormido y no supe por cuanto tiempo. Por los gritos de la gente me pude dar cuenta que no era un sueño. Salí a la calle, todo el mundo corría hacia donde se había producido el suceso, se veían rostros de incredulidad, de espanto y de miedo. Aún confundido, parado en la puerta, miré una ronda de curiosos frente a la casa de la Escopeta. Caminé despacio y con recelo, mi mente fue quedando en blanco, y el alma se me desvaneció a cada paso. De modo que fueron solo mis ojos los que llegaron junto a su delicado cuerpo revolcándose en el piso como un gusano, mis oídos los que escucharon su voz pidiendo auxilio y mis dedos los que tocaron su rostro empapado en sangre. Su dolor llegó hasta mi piel, caló mis huesos, se me concentró en el corazón, nubló mis ojos de impotencia y, gota a gota, las lágrimas se deslizaron por mi mejilla confundándose con su sangre en el suelo.

No pude salvar la princesa, el maleficio estaba mas allá de mi imaginación y no estoy seguro de haber sido su príncipe. Luego supe que media hora después de verse conmigo había subido con un regalo entre sus brazos. Se lo había recibido a un niño de parte de un admirador. Lo llevó a su casa y lo puso encima del televisor. Salió, esperó un buen rato sentada en una silla, tal vez se aburrió y decidió abrir el paquete. Este acto no solo acabó con sus ojos, piernas y manos; también lo hizo con los preparativos de la mar-

cha y, de la misma forma, certificó lo que la gente había estado especulando desde hacía dos semanas. El batallón de infantería quedó vulnerado, los altos mandos cancelaron su salida del día 20 al parque central, pues no podían exponer su pellejo en un lugar en donde dos mil hombres no habían podido cumplir con la orden de mantener segura a una reinsertada que pretendía dar información sobre los cabecillas y rutas que conocía. ■





El perro



ELAINE MENDOZA ORTEGA BARRANQUILLA

Me gustan las palabras, el conocimiento, los relatos. Para comenzar, soy una apasionada de la lectura.

A pesar de haber vivido una infancia normal y feliz, en la adolescencia los libros se fueron convirtiendo en mis más constantes compañeros porque me era difícil adaptarme al cambio de colegio y me sentía poco escuchada. Entonces, para liberar aquellas palabras que yo creía nadie quería oír, comencé a escribir.

Escribo porque tengo cosas que decir. Hay tantas historias en mi cabeza que de repente siento ganas de contar una que me parece no haber visto,

leído, ni escuchado antes; que en el fondo no es más que una mezcla de todo lo que sí he visto, leído y escuchado.

Escribo para que se haga realidad aquello que quiero que suceda, para cambiar el mundo, para manifestar mi opinión, para mostrar otro lado de la realidad, para jugar, para vivir, para gritar.

Hay otro motivo que no me ha impulsado únicamente a escribir sino también, de vez en cuando, a publicar: escribo para los demás.

**Psicología. Corporación
Universidad Reformada.
Barranquilla.**

El perro

ELAINE MENDOZA ORTEGA

Lo primero que Roberto vio al llegar a la casa que había sido de su padre fue un perro. Era viejo, flaco, enfermo, con un pelambre de color indefinible allí donde la sarna lo permitía. Estaba parado junto a la puerta y movía la cola con emoción, como si sonriera. Al joven le pareció una ironía. Si había algo que su padre había odiado más que a su ex-esposa, incluso más que a la dolencia que un año antes lo había consumido, ese algo eran los perros.

Roberto sacó un manajo de llaves y las probó una por una en las cerraduras de la puerta. Mientras lo hacía, se preguntó por qué no había vuelto antes, por qué sólo había buscado excusas para evitar tomar un avión e ir a encargarse de la venta de los bienes de su padre. Al menos le debía eso. Habían pasado doce años desde que su madre había huido del hogar y del país, llevándolo con ella. Ninguno de los dos había pensado en regresar, ni cuando se enteraron de la enfermedad de su padre, ni cuando él falleció. Un abogado se encargó del papeleo y del funeral, pero insistió en que alguien de la familia debía firmar los documentos de la herencia. Por eso Roberto había viajado y estando ya en la ciudad, sus pasos lo habían guiado hasta aquel barrio, aquella calle, aquella casa.

Cuando abrió la puerta, un aire de ausencia lo golpeó en el rostro. Un viento frío, polvoriento, opresivo, se escapó al exterior en un segundo. Roberto siguió con la cabeza el imperceptible movimiento y se encontró con la mirada del perro, que cojeaba hacia él, semejando una mascota que sigue a su amo. Ver esa criatura decrepita acercándose llenó al joven de repulsión y cerró de un golpe.

Un momento después, escuchó un corto gemido y unas garras que arañaban la puerta. Lo ignoró. Abrió las ventanas, buscó los controles del agua, el gas y la energía eléctrica, retiró sábanas y empaques. Sin embargo, al rato se dio cuenta que tardaría bastante en terminar la lista de los bienes, de modo que fue al hotel a buscar lo necesario para estar cómodo. Pasó al lado del perro —que seguía esperándolo afuera—, hizo señas a un taxi y partió. Por el vidrio de atrás observó cómo su molesto inquilino intentaba seguir el automóvil con gran esfuerzo de sus patas renqueantes.

De nuevo en la casa, no sin antes caminar junto al casi eufórico perro callejero que se había adueñado del jardín y que esta vez por poco se cuela adentro, el joven inició su tarea. Los muebles eran relativamente nuevos con excepción de un viejo piano de cola que no estaba en los recuerdos de Roberto. Él sintió como si enumerara las cosas de un desconocido, alguien sobre el cual solo podía hacer suposiciones. Los cuadros no le decían mucho: había bodegones y pinturas de paisajes, ni un solo retrato. Roberto buscó sin éxito una de las numerosas fotografías que su madre había enviado cuando su padre todavía llamaba a preguntar por él. Se sintió decepcionado aunque no podía explicarse el motivo. Si él había hecho todo lo posible por olvidar a su progenitor, ¿acaso no era justo que éste hubiera hecho lo mismo?

Cada día que demoró redactando el inventario, al asomarse para salir, para entrar o para recibir domicilios, Roberto vio al perro. A

sol y sombra, bajo uno que otro aguacero, el animal aguardó. Tal vez si su olor de podredumbre no lo asqueara tanto, el joven le hubiera dado unas migas para comer o un tazón de agua. No obstante, se abstenía de hacerlo, con la esperanza de lograr que al fin se fuera.

La última mañana de la estadía de Roberto llegó. Había clasificado las cosas de su padre y había citado a un perito para que elaborara un avalúo del sitio. El experto llegó a eso de las once. Roberto lo guió a través de las habitaciones mientras respondía a sus preguntas. Cuando despidió a su visitante, descubrió, aliviado, que el perro ya no estaba. Procedió a cerrar puertas y ventanas y regresar al hotel. Al entrar al cuarto que había sido de su padre, sintió un hedor. Sin duda, el sarnoso había encontrado el modo de entrar. El joven lo sacó de debajo de la cama usando una escoba y detrás del perro, que chillaba de dolor, apareció un pequeño baúl. En el inventario no había ningún baúl, así que la curiosidad movió a Roberto a desentenderse del intruso. Abrió la caja. Dentro estaban todas sus fotos, ordenadas y muy gastadas. También había manualidades hechas por Roberto cuando era un niño. En el fondo, en sobres que nunca fueron enviados, cartas y más cartas que su padre le había escrito a él y a su madre. Les pedía disculpas y les rogaba por otra oportunidad. Del paquete cayó una fotografía que captaba una fiesta de cumpleaños. En ella, Roberto sonreía junto a sus obsequios y abrazaba un diminuto perro con un lazo, sentado sobre un piano.

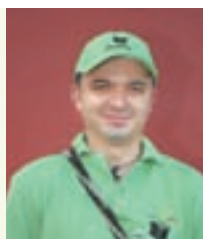
En el acto, el joven recordó. Su tía le había regalado un cachorro, *Pepe*, que él no había podido conservar más de un año. Su padre, en uno de sus arranques, había golpeado a su madre y se había llevado al perro lejos de su casa porque lo odiaba. La mujer aprovechó la ausencia de su marido para empacar lo indispensable

y escapar con su hijo. Él lloró desconsolado hasta comprender que su mascota no vendría y, paulatinamente, la olvidó.

Así que *Pepe* había vagado por las calles durante todos los años de su vida, desorientado, apedreado por los niños y pateado por los mayores, alimentándose de la basura, cansado, insultado y echado infinitas veces, sólo para recuperar el rastro de su amigo Roberto, su único amigo, sin saber que el tiempo cambia a las personas y que éstas no tienen tan buena memoria para el amor como los perros. Pero allí estaba, y su dueño por fin lo reconocía y le agradecía. Hallar a *Pepe* era para Roberto empezar a perdonar a su padre. ■



Hamburguesas



ALEJANDRO MEJÍA MANIZALES

Estoy condenado a la búsqueda. Algunos buscan hacer el mejor flan, otros la cumbre empresarial, yo busco la forma de darle cuerpo a mis ideas. Una noche estaba hablando con una amiga. Me contaba que estaba aburrída, que estaba cansada de trabajar en el restaurante. “Pero bueno, a veces me entretengo dibujando soles en las hamburguesas”. De la impresión que me dejó esa imagen, y de las preguntas que en mí surgieron con ella, nació este cuento. He escrito

otros, pues cada vez que una imagen, un relato o una idea me obsesionan, escribo un cuento. Leo casi cualquier cosa que cae en mis manos. Entre mis favoritos están Cortázar, los diccionarios de Borges y *La inmortalidad* de Milan Kundera. El cine es otra de esas fantásticas formas de perder el tiempo. Además dibujo y hago teatro.

Publicidad. Universidad Católica de Manizales.

Hamburguesas

ALEJANDRO MEJÍA

—Una hamburguesa doble con queso, por favor.

—¡María, doble con queso! —gritó el pecoso cajero asomado por la ventana de la cocina.

María ya estaba harta de hacer hamburguesas. Los trozos de carne chirreaban en la plancha gritándole que huyera de allí. Se empinó para intentar ver el cálido sol a través de la ventana pero lo único que veía era la espalda del pecoso. Se sentía prisionera, obligada a hacer comida rápida para pagar su crimen. El crimen de tener que defenderse sola. El crimen de estar sola.

El olor de la carne a medio quemarse la despertó de sus pensamientos.

Su sentencia debía seguir siempre un orden: sobre el primer pan, dos hojas de lechuga, luego una rebanada de carne (con queso derretido para este caso) y dos rodajas de tomate; después las salsas.

Se empinó de nuevo para intentar ver el sol.

—¿Dónde está la hamburguesa que te pedí? —preguntó la pecosa cabeza que apareció flotando en la ventana.

Era momento de poner las salsas: dos líneas de tomate, dos de

mayonesa y una de mostaza. Ella seguía pensando en el sol y estaba molesta por el tono pedante del pecoso. En un arrebato de rebeldía e inspiración dibujó con las salsas un sol gigante en la carne. Cerró la hamburguesa y la entregó al enfadado cajero.

—Mira a ver si la próxima vez te apresuras más, niña —dijo él; pero ella no lo escuchó. Estaba feliz. Aquel amotinamiento secreto, aquella ruptura de la norma era lo que necesitaba para darse un aire de libertad en medio de la condena. El resto del día dibujó soles en todas las hamburguesas, sencillas, dobles, con queso, con pollo, sin lechuga... Quería compartir con todos su alegría; quería que ese día se comieran el sol en pequeños bocados de comida rápida.

A la mañana siguiente el cielo estaba oscuro, todo cubierto de nubes.

—Extraño. Es una ciudad cálida, y este tipo de tormentas no son muy comunes —le dijo una señora a otra mientras esperaban sus dos hamburguesas *light*. María en la cocina miraba con los ojos muy abiertos la carne molida baja en calorías. ¿Podría ser?, se preguntaba y negaba con la cabeza para quitarse la absurda idea.

Llegaron dos mañanas más y el sol no se veía por ninguna parte.

¡Ok, basta ya!, se dijo María al cuarto día.

Decidiendo que esa sería la única manera de demostrarse que ella no tenía nada que ver con lo que ocurría, le dio de comer a los clientes nubes en sus hamburguesas. Dibujó nubes con forma de perro, con forma de peluche o sin forma aparente, pero con cualquier forma posible. Dibujó cúmulos, altostratus y cirrus. Dibujó nubes de mediodía, hechas con mucha mayonesa; nubes de atardecer, solo con mostaza y tomate.

Al siguiente día (tal y como lo había predicho el hombre del

clima del noticiero) en el cielo no había una sola nube.

María estaba radiante. Tanto su trabajo como su vida entera brillaban con un resplandor que solo pueden dar los grandes propósitos.

Dibujaba carros para quienes veía llegar cansados de caminar, aviones para los niños soñadores, bastones de caramelo para los ancianos sonrientes. Eso sí, nunca más volvió a intentar jugar con el clima. Tampoco intentó comerse ella una hamburguesa que estuviera dibujada, pues, como persona insegura, pensaba que solo ayudando a los demás podría ayudarse a sí misma.

Pero después de un tiempo incluso aquello del poder comenzó a volverse monótono. La tristeza de la soledad amenazaba con aparecer de nuevo en su rutina. No quería otra vez lo mismo, no quería de vuelta su vieja nostalgia vestida de harapos.

Un día, sintiéndose inspirada por la voz de uno de los clientes, cogió decidida la salsa de tomate. Respiró profundo ante la pechuga a la plancha ya sobre el pan. Reunió todo el valor que había en su ser y, moviéndose con rapidez, dibujó su corazón apretando con fuerza el tarro. Con los párpados apretados cerró la hamburguesa y la entregó por la ventana.

Se quedó quieta y en silencio. ¿Qué había hecho? ¿Entregar así su corazón a cualquiera, a un desconocido con voz profunda? Se asomó para ver quién era pero ya no había nadie. No sabía qué hacer. Quería conocer a quien se había llevado la hamburguesa de pollo con porción extra de corazón. Salió a la barra de compras y le preguntó al pecoso quién había hecho el pedido.

—¿Qué haces aquí? ¡Bah! Eres muy extraña. Fue ese, el gordo de allá.

Un hombre gigantesco y sucio que se dirigía con pesados pasos hacia la salida, mientras se rascaba su gordo trasero con aparente

placer, era quien había pedido la hamburguesa de pollo. María estaba aterrada.

—Pero el muy idiota no se la llevó —continuó diciendo el cajero—. Dijo que la había pedido sin salsa de tomate. Pero nunca l...

—¿Qué hiciste con la hamburguesa? —preguntó María. No se sentía aliviada. El pecoso solía tirar las hamburguesas que devolvían y, ante la idea de que una rata o una cucaracha se enamoraran de ella, la imagen del hombre gordo rascándose le parecía idílica.

—¿Qué demoni... —pero el pecoso no terminó de preguntar, pues vio en el gesto de María una gran preocupación, aunque no la entendía.

—Se la di al chico nuevo, el de la freidora. Parece que el pobre diablo nunca come. ¡Ahora vuelve a tu trabajo, loca!

No terminó de decirlo, cuando ya María había entrado en la cocina. Allí estaba: joven, flaco, muy flaco, con la hamburguesa de pollo a medio comer en una mano, mientras con la otra escribía pequeñas palabras con las papas crudas, justo antes de sumergirlas en la freidora. ■



Este pueblo se quedó sin alcalde



NATALIA SOPHIA CASTRO TRIVIÑO PASTO

Nací en Neiva, la capital bambuquera de Colombia, el 18 de mayo de 1988. Mis primeros años los viví en el municipio de La Argentina, Huila. Allí comencé a estudiar bajo la tutela de mi madre. Posteriormente inicié mi bachillerato en el colegio donde mi padre era profesor de inglés y español. Él me inició y me guió desde muy pequeña en el mundo mágico de la literatura y heredé su gusto y el arte de escribir.

A los 13 años viajé a Neiva donde continué mis estudios, y luego a Pasto, tierra natal de mi padre, a estudiar medicina, que es la pasión de mi vida.

Añoro la vida del campo, pero su cruda realidad, como el asesinato de indígenas y de campesinos disfrazados de guerrilleros, me han marcado para siempre. Esto se refleja en mi cuento. Le doy gracias a Dios por permitirme despertar al pie del Galeras, de donde contemplo todos los días los paisajes más hermosos que mis ojos han visto. Creo que este debería ser un privilegio de todo colombiano: disfrutar del país más maravilloso del mundo.

**Medicina. Fundación
Universitaria San Martín.
Pasto.**

Este pueblo se quedó sin alcalde

NATALIA SOPHIA CASTRO TRIVIÑO

“**M**e llamo Ana Galindo, La Yiya, y quiero entregarme, Comandante”. Fueron esas las primeras palabras que escuché de la joven mujer que permanecía de pie, con el cuerpo orgullosamente erguido, frente a mi despacho. Sus rasgos finos y bien formados contrastaban con su pelo desordenado y sucio. Lucía un camuflado descolorido que dejaba adivinar su pequeño cuerpo esbelto. “La felicito y bienvenida a la libertad. El gobierno le brindará toda la seguridad que se les ha prometido a los reinsertados. Siéntese y cuénteme su historia”.

Primero fue como si contara una historia de memoria, pero luego comenzó a hacer pausas interrumpidas por sollozos casi imperceptibles que poco a poco rompieron el hilo de la historia, hasta que el llanto afloró a borbotones impidiéndole hablar. La dejé que llorara mientras me carcomía la curiosidad por saber cuál era la causa de su angustia y rabia reprimida hasta aquella tarde fría y lluviosa del mes de mayo.

“Sí, fueron ellos”, exclamó cuando el llanto aún no se había mitigado por completo. “Un domingo llegaron a la casa, serían como las diez, y en medio de todos lo sacaron a empujones y lo tiraron al

piso. De nada sirvió el llanto de la madre y de las hermanas; todos le suplicamos que no le hicieran nada, que él era un buen muchacho, que a nadie le había hecho daño. No hicieron caso. Uno de los hombres sacó su arma y le apuntó a Ernesto”.

Con la angustia todavía reflejada en su rostro continuó con voz tenue y temblorosa. “Fue entonces cuando me abalancé sobre uno de los encapuchados y lo sacudí con fuerza: ‘No lo maten’, les suplicaba, pero éste me rechazó con rabia y caí de bruces sobre el alambrado. Todo era confusión. Solo recuerdo los disparos y aquellos ojos color de miel que me han venido persiguiendo desde entonces, todas las noches, todos los días, minuto a minuto.

“Fue el día que bajé al pueblo, cuando entré al despacho del alcalde que me los volví a encontrar. Eran los mismos ojos que me sacudían de miedo en mis noches de terror. Y esa mañana los tenía frente a mí. Ahora lo comprendía todo. Esos ojos me trasladaron dos años atrás, a la vereda del Carmen. Vi el cuerpo ensangrentado de Ernesto y sentí cómo su mano aún caliente me apretaba. No se quería morir. Todas sus ilusiones se derrumbaban. Había regresado a quedarse para siempre en su tierra. Quería ganar las próximas elecciones. Sus amigos y seguidores sabían que este joven abogado cambiaría la historia de Plata Vieja. ‘Cuando sea alcalde nos casaremos’, me había dicho. Pero las balas asesinas del ahora alcalde y sus amigos truncaron sus sueños para siempre.

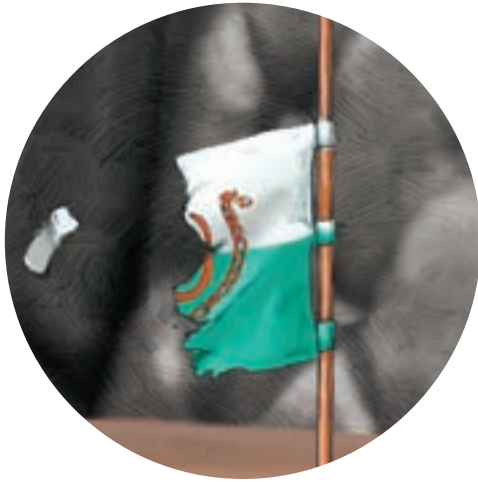
“¿En qué puedo servirte, pichoncita?”, me dijo el malparido mientras me acorralaba con su mirada lasciva. Pude sentir su aliento repulsivo. Su mirada penetrante me quemaba las entrañas. Quedé inmóvil por unos instantes. Sentí cómo sus manos me apretaban los senos. Su cara se aproximó a la mía intentando besarme. Ahora no quedaba duda alguna, la cicatriz en su párpado izquierdo se había tornado más oscura. Saqué fuerzas de flaqueza y lo aparté con

asco. Salí corriendo de la alcaldía a donde me había dirigido para autenticar el registro de nacimiento de mi hija Karla.

“Ahora comprende usted por qué me metí a la guerrilla, Comandante. Desde esa misma mañana juré vengar la muerte de Ernesto. Así se lo prometí a él en su tumba. Por la hija que él nunca supo que iba a tener no descansaría hasta lograrlo. Por eso me contacté con los muchachos que me relacionaron con los comandantes del Frente 13 de la zona, les conté el motivo de mi decisión y me acogieron”.

—¿Tiene usted cómo probar lo que me cuenta? —pregunté—. Recuerde que el testimonio de un guerrillero no sirve de prueba y menos en contra de un funcionario público.

“No necesito prueba alguna —continuó—. Acabo de cerrar para siempre esos ojos asesinos. Durante meses esperé con ansia este momento y hoy cuando el maldito bajaba de Las Toldas, lo estaba esperando sobre el puente. Sabía que vendría solo, como todos los domingos lo hacía para visitar a su amante. Le hice una señal para que se detuviera. Se bajó del vehículo. Al verme intentó reanudar la marcha. Pero su suerte estaba echada. Su rostro palideció como el de un cadáver. De rodillas imploró que no lo matara. ‘Se le acabaron sus días, señor alcalde’, le dije mientras disparaba la carga completa de mi arma. Ahora podré contarle a mi niña, cuando crezca, que vengué la muerte de su padre. Porque el hijueputa está bien muerto, Comandante. Es mejor que mande a sus hombres por el cuerpo. Está en la quebrada El Tachuelo, justo en el cruce de la carretera, allí lo dejé esta mañana. Por eso le digo, este pueblo se quedó sin alcalde”. ■





El castillo



FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ GONZÁLEZ BUCARAMANGA

Bucaramanga (80's): nacimiento, lloriqueos, asombros, trencito cañero, primeros años, Plaza Sésamo.

Tunja-Ubaté (80's): despertar de la conciencia, preescolar, frío, palizas del hermano, martillazo al hermano para que respete.

Tradición oral: La Llorona, la Patasola, La Madremonte.

Venados y cazadores, fútbol, bicicleta, *Los Thundercats*, el álbum de chocolatinas *Jet*. Primeros acercamientos a las faldas de las niñas, *Las mil y una noche*, las visitas a Bogotá, la hermana, el hermano, el chocolate de las cinco.

Bucaramanga (90's): Nirvana, Guns and Roses, Metallica, Pearl Jam, Alice in Chains, Sepultura, Led Zeppelin, The Doors, *Long live to rock and roll*. Descubrimiento

de la noche, las mujeres y el alcohol. Poe, Andrés Caicedo, Platón, Nietzsche, Aldous Huxley, Carlos Castaneda, *La Tele*, *Los Años Maravillosos*, la libertad de fumar cigarrillos hechos de tréboles de cuatro hojas.

Bucaramanga (siglo XXI): estudios. viajes al mar, al altiplano, al exterior, a mí mismo. Raúl Gómez Jattin, Maupassant, Chéjov, London, Carver, Auster, Hemingway, Bolaño, Cortázar, Miles Davis, Gardel, Woody Allen, Ingmar Bergman, David Lynch, Sergio Leone, William Faulkner, Flannery O'Connor, John Kennedy Toole, Murakami, Pessoa, la vocación por la locura...

Español y literatura. Universidad Industrial de Santander. UNO
Bucaramanga.

El castillo

FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ GONZÁLEZ

El Rey dio la orden. La puerta de la torre vigilada por guardias atentos aislaba a la princesa del mundo. El pretendiente atravesaría el océano, pisaría tierra y enfrentaría las duras tenazas de los cangrejos gigantes, para cruzar el puente levadizo y vérselas con uno de los mejores guerreros del Reino. Sólo así podría acceder a las dádivas de amor otorgadas por la belleza de la Princesa. El Rey esperó que de todas partes del mundo vinieran aventureros, piratas y nobles caballeros. Hizo preparar una y otra vez la sala de banquetes, luego del anuncio errado de alguno de los vigías que guardaban las murallas.

Cada día el llanto de la Princesa se hizo más fuerte y los gritos desde la ventana de la larga torre hicieron saber a todo el pequeño Reino lo equivocado que estaba su padre. El Rey pedía paciencia a su pueblo y dejaba todo en las manos del Dios. Pero se habían cumplido mil noches de aquel decreto terrible y ninguna embarcación había encallado en las arenas de la isla. La Princesa se levantaba todas las mañanas con la misma esperanza, pero el mar que veía desde la ventana seguía vacío y eterno. Ya casi no comía, ni dormía, e incluso en algunos de sus delirios le había susurrado

al guardia de turno que se fugasen juntos. Pero el guardia, manteniéndose fiel a los designios del Rey, se negó invariablemente.

Una mañana, la Princesa decidió no levantarse más de su cama y morir de inanición. Con el fin de acelerar el proceso, tomó aguja e hilo y cosió sus labios con feroces puntadas. Los días se fueron convirtiendo en polvo. La estrella del Reino agonizaba y el Rey, preso de un orgullo letal, no cedió a las súplicas de los demás habitantes. El tiempo que en otras ocasiones se había encargado de curarlo todo desmoronó las esperanzas y, grano a grano, el Reino fue desapareciendo.

El Dios, cansado de las oraciones de los insignificantes hombrecillos, se levantó, sacudió la arena de su pantaloneta, miró por última vez a la Princesa dormida y al diminuto rey de madera. Dejó salir de los vasos desechables a los cangrejos azules, que huyeron despavoridos hacía los huecos de la playa. Deshizo la torre, las murallas y el resto del castillo con sus pies. Entonces apresuró el paso en busca de su mamá, que, furiosa, hacía rato lo llamaba a almorzar. ■





El padre



ISABEL CRISTINA VELÁSQUEZ GIRALDO MEDELLÍN

Soy Isabel Cristina, podría apellidarme *Sensible* por la facilidad con la que el mundo al que rodeo deja huella en mí, por eso mi afán de imprimir también en él mis pensamientos y sentimientos. No sólo lo hago al escribir sino también al pintar. Actualmente escribo sobre las cosas que no me gustan: la gente, la sociedad, mis tristezas, las de otros. En cambio pinto lo que me gusta, pinto el mundo rosado, como yo lo llamo, que a veces veo, que siento; pinto mi felicidad.

Escribo desde que estaba en

el colegio, pero me daba pena que me leyeran y por eso tal vez concursé. Leo bastante y eso sí que no me avergüenza: historia, novelas, ensayos y hasta enciclopedias cuando mi biblioteca se agota justo en las noches de insomnio.

Aparte de leer y pintar veo fútbol que me encanta, bailo y, ahora, a mis 22 años, comienzo a sembrar mis pinitos como realizadora de televisión.

**Comunicación audiovisual.
Politécnico Jaime Isaza
Cadavid. Medellín.**

El padre

ISABEL CRISTINA VELÁSQUEZ GIRALDO

Era viernes y se acercaba la noche. Los dos niños se sentaron junto a la puerta de la casa a esperar que su padre llegara del trabajo. Estaban ansiosos de recibir “las cositas” que casi siempre les traía.

–Ojalá que no sea pollo otra vez –dijo el menor con cara de desagrado–. Ojalá que traiga de las hamburguesitas de las cajitas que muestran en la tele...

No alcanzó a terminar la frase cuando fue interrumpido por su hermana mayor.

–Usted si es bobo, si con lo que se compra una hamburguesa de esas comemos acá toda la semana, bobo.

–Yo no soy ningún bobo, le voy a decir a mi mamá que me dijiste... –pero otra vez no alcanzo a terminar, esta vez fue interrumpido por el sonido de un pedazo de lata del techo de la casa del lado; había caído por el viento.

Adentro, la madre también aguardaba la llegada del padre pues en la nevera no tenía nada para darle a sus hijos. Miraba con tristeza que solo le quedaban unos plátanos y unas cebollas. Ya los niños llevaban un buen rato afuera, eran casi las nueve de la no-

che, el padre no llegaba aún. La madre comenzaba a preocuparse. “¿Qué le pasaría? –se preguntó–. Ni que se quedara rumbeando ni tomando como la mayoría”.

–Si hoy no nos trae cositas no le vuelvo a hablar –dijo el pequeño enojado por la espera.

Su madre lo escuchó desde la sala y salió furiosa hasta donde estaban los niños.

–¿Que no le volvés a qué?, repetilo y te reviento la boca. –Los ojos se le pusieron rojos mientras seguía–. ¿Vos sabés gracias a quien comemos en esta casa? Y de todos los esfuerzos que toca hacer para que ustedes dos, par de mal agradecidos, tengan un techo, un techo que no se está cayendo en pedazos como los de los vecinos, o decime si acaso te entra una gotera, ¿ah? Dejá de decir tantas bobadas que si te traen cositas o no es un favor que te hacen, no una obligación y vos lo sabés muy bien.

Al niño se le encharcaron los ojos, miró a su hermana, una niña tres años mayor que él. Buscó consuelo en ella pero no lo halló, por el contrario recibió una mirada de reproche igual a la de su madre. Ya se hallaban en silencio los tres, la madre se había quedado sentada también, junto a ellos, en la entrada de su casa. Miraba el reloj y empezaba a mover sus piernas constantemente. Había pasado casi media hora desde el altercado que había tenido con su hijo. El padre nada que llegaba. Los minutos seguían corriendo. Se empezaban a ver grupos de jóvenes que bajaban por las interminables faldas del barrio a empezar la rumba. El padre no era así, nunca se hubiera ido a rumbear como los demás y menos sabiendo que los niños no tenían nada que comer ese día.

Ya la madre tenía un mal presentimiento, ya no se veían jóvenes en las esquinas ni bajando por las lomas. Sólo se escuchaban las rancheras que ponía el vecino del lado, que opacaban un poco los

gritos que desde hacía rato tenían él y su mujer. “Estos no hacen sino pelear, cada ocho días lo mismo, menos mal yo ya no tengo ese problemita”, pensó la madre mientras abrazaba a su hijo que se había quedado dormido sobre sus rodillas. Cuando la madre volvió a mirar el reloj eran las once de la noche. Ya la espera se había vuelto insoportable. Entró a su hijito cargado, lo acostó, le besó la frente y en silencio le pidió perdón por los gritos de un rato antes, al fin y al cabo era un niño, no llegaba ni a los seis años, no entendía la situación.

La madre volvió a salir, su hijita la miraba como preguntándole qué iban a hacer; nada que llegaba. La madre pareció entender la mirada en el rostro de la niña y le dijo:

–Tranquila hija, entrémonos más bien, vea que ya se llenó esa esquina de mariguaneros.

–¿Mami, y si no llega? –dijo la pequeña ya dentro de la sala–. Salgamos a buscar, vea que el niño ya se durmió, echamos llave a la puerta y salimos.

–No hija, usted sabe lo peligroso que es salir a esta hora, no la voy a exponer a usted también.

La madre esperaba lo peor, el padre nunca se había demorado tanto, nunca. A la una de la mañana del sábado la madre rompió a llorar, la niña que ya se había quedado dormida se despertó. Todavía con los ojos encandilados vio entrar al padre. El cabello y la ropa estaban empapados. Se descalzó, se escurrió un poco antes de cerrar la puerta y se quedó en silencio sobre la silla.

–¿Hijita, qué te ha pasado? –dijo la madre–. Llevamos horas esperadote, pensé lo peor. ¿Qué te pasó?, ¿por qué no avisaste nada?

La joven que había acabado de entrar, casi no podía hablar, estaba jadeante, demacrada, sin aliento. Había pasado bastante tiem-

po desde que el hombre que los engendró los había abandonado y ella, tan delicada pero tan fuerte de espíritu, trabajaba de sol a sol para darle un sustento a sus hermanos menores y a su madre. Ella era el padre.

–Para traerles algo mejor conseguí un nuevo trabajo –dijo.

Luego de pensar qué más decir al saber que su hermana pequeña la miraba atenta, la joven continuó:

–Como vendedora. Fui a visitar un cliente que me pagaría muy bien, vive al otro extremo de la ciudad y se ofreció a traerme a la casa, pero al saber que le tocaría cruzar toda la ciudad se echó para atrás y me tocó venirme en bus y luego caminar la loma hasta acá.

Se le salieron algunas lágrimas pero se repuso diciendo:

–¡Hoy no les traje pollo! ¡Llamen al niño, despiértenlo porque esta vez les traje *McDonald's*! ■



Acta del jurado

SEGUNDO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A TOMÁS CARRASQUILLA

Los integrantes del jurado hemos evaluado los noventa cuentos finalistas que llegaron hasta esta instancia de la selección a partir de un grupo de 28.548 cuentos provenientes de todo el país que fueron evaluados en tres etapas por otros tantos grupos de jurados.

De estos noventa cuentos surgieron los treinta cuentos ganadores (10 por categoría: educación básica, media y superior) y con ellos algunos hechos significativos. Por ejemplo, que entre los ganadores exactamente la mitad son firmados por niñas y jovencitas, lo cual contradice en general la tendencia de este tipo de certámenes en el país donde la presencia de mujeres tiende a ser minoritaria.

A juzgar por los comentarios que cada uno de los jurados hicimos de manera individual, en estos 30 cuentos se perciben una serie de interesantes propuestas que nos permiten creer que algunos de sus autores serán grata noticia para la literatura. “Algunos de los cuentos son originales, compasivos e imaginativos”. “Son historias que tienen vida, quizás, porque muchas de ellas se han vivido y no sólo imaginado”.

Por otro lado, aunque hay muchos problemas formales, desde problemas de ortografía y redacción hasta problemas de digitación, estos no fueron escollos para la resolución de la gran mayoría de los cuentos. Lo fundamental es que sus autores se empeñaron en contar historias, el oficio esencial de todo escritor.

Cada una de las categorías tuvo sus propias características. Los niños autores jugaron con la imaginación y usando sentimientos y mundos que conocen fueron capaces de armar cuentos legibles que para una de las jurados de fuera del país significaron hacer “un viaje express a Colombia y a la infancia”.

Entre los estudiantes de educación media surgieron con mucha fuerza los temas de violencia social, pero también temas tradicionales retomados con una visión moderna.

En la categoría de educación superior lo primero que llama la atención es la fuerza de los argumentos, que muchas veces oscilan entre los extremos: o mucha violencia, o mucha tristeza, o mucha fantasía, o mucha comicidad, pero nunca términos medios.

En conjunto son treinta cuentos que esperamos reflejen los intereses de los estudiantes que con tanto entusiasmo participaron en esta segunda versión del Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación. Es una lista que en su gran mayoría se consolidó casi por unanimidad, pues hubo mucha coincidencia entre los cuentos postulados por los cinco jurados.

FIRMADO EN CARTAGENA DE INDIAS, EL 29 DE ENERO DE 2009, POR LOS JURADOS
CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS, CARMEN BOULLOSA, JORDI SIERRA I FABRA,
RICARDO SILVA ROMERO, ROBERTO RUBIANO VARGAS.

SEGUNDO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A TOMÁS CARRASQUILLA



CUENTOS
GANADORES
2008